

VITRINA DE NIMIEDADES



Rosa Pellegrino

VITRINA DE NIMIEDADES

© Rosa Pellegrino

Carmen Meléndez

Alcaldesa de Caracas

Jeycelith Jiménez

Presidenta de Fundarte

Mercedes Chacín

Presidenta de la Fundación para la Comunicación Popular CCS

Francis Zambrano Espinoza

Coordinación general

Mercedes Chacín

Edición

Jade Macedo

Diseño y diagramación

Laura Nazoa

Corrección

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento digital o informático, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, .

Rosa Pellegrino



VITRINA DE NIMIEDADES

Caracas, Venezuela
Noviembre 2022

BIOGRAFÍA



Periodista, prestada por un rato a la comunicación institucional. Nació en Los Teques, estado Miranda, en 1981. Es licenciada en Comunicación Social y especialista en Sistemas y Procesos Electorales por la Universidad Central de Venezuela (UCV), donde también ejerce la docencia desde hace 16 años. Ha desarrollado su carrera profesional en espacios como la Agencia Venezolana de Noticias y la Biblioteca Nacional de Venezuela. Desde julio de 2020, forma parte del equipo de columnistas de la sección *Voces*, de Ciudad CCS.

AGRADECIMIENTOS

Al equipo de Ciudad CCS, por permitir que mi voz se escuche.

A Janeth Zarramera, por su amistad y confianza.

DEDICATORIA

*A todo aquel que, a pesar de las ingratitudes,
siempre decide ser auténtico.*

CONTENIDO

Prólogo /	10
La marca y el oficio /	14
Cancelando a Malena /	16
Conjugación sobrevenida del verbo hacer /	18
En contra (o a favor) de la queja /	20
Periodismo desapasionado /	23
Un acuerdo para desbloquearnos /	25
El billetico /	27
Caverna, tregua y pandemia /	29
La amable supervivencia /	31
Te doy un "me disgusta": paradojas de estos tiempos de la información /	33
Trastorno de personalidad pandémica /	35
Información, debate y futuro /	38
Los portales del dólar /	40
Fórmula vs. ingenio /	42
La estandarización del sentimiento /	44
La casita de Luisito /	46
El trabajo de tener trabajo /	48
Espantos cotidianos /	50

Guardias navideñas o una experiencia de supervivencia / 52

La vida a medio rostro / 54

Las tribulaciones de reinventarse / 56

La peligrosa ternura viral / 59

¿Transformación laboral?, aún está por verse / 62

La "revolución" del contenido / 65

Maternidad y decisión / 67

¿Personas menstruantes?:
coletazos, una discusión que apenas comienza / 69

La villanía mediática / 71

Vivencias amorosas de un mundo hiperconectado / 73

Cuenta hasta 40... y sigue / 75

Sobre la ola que nadie ve / 78

El mundo del "yo" hater, pero chévere / 80

Ven a mí que tengo infoxicación / 82

Evasores de noticias / 84

Angustias sin tapabocas / 87

El círculo de la selectividad / 89

Lecciones básicas para aguantar presión / 91

PRÓLOGO

Tal vez Rosa Pellegrino, la autora de este libro, no sepa esto, pero me parece pertinente contarlo para ilustrar el origen de *Vitrina de Nimiedades*.

Una vez Janeth Zarramera me preguntó por Whatsapp a quién yo recomendaría para que escribiera una columna para Ciudad CCS. Después de barajar en mi mente varios nombres, finalmente le dije: “Rosa Pellegrino”.

Cuando me preguntó por qué la postulaba, contesté: “Tiene mucho qué decir, será un gran aporte...ya verás”. Y hoy, cuando escribo este prólogo, puedo decir que el tiempo se encargó de ratificar aquella propuesta que hice.

La *Vitrina de Nimiedades* se llenó de tantas buenas historias, pareceres y vivencias que se transformó –¡enhorabuena!– en una nueva obra de la librería digital de Ciudad CCS.

Es curioso: quien lea *Vitrina de Nimiedades* lo menos que encontrará son nimiedades. Así que desde ya se lo advierto, amigo lector, amiga lectora: ¡no se deje confundir! Esta *Vitrina de Nimiedades* guarda dentro un faro digno para orientarse en esta convulsa realidad.

En cada frase, en cada argumento, en cada epifanía escrita, se esconde algo significativo de los nuevos tiempos que vivimos.

Cada tópico de esta *Vitrina* resume lo que a muchos nos pasa y sentimos, pero que en ocasiones no sabemos ponerle nombre ni ubicarlo en su justo contexto. Y eso Rosa lo hace con acierto, ingenio y jocosidad.

Cada escrito está confeccionado con una sustancia sensible y escasa llamada sensatez. Rosa escribe desde el desahogo necesario y con la pertinencia de saber que quien la lee del otro lado de la pantalla, también ha vivido sus “nimiedades”.

Este libro tiene la virtud de exponer con inteligencia múltiples microrrealidades que pasan desapercibidas en la cobertura y difusión de medios, redes y paredes, pero que están ahí; existen, son parte de nuestra vida, y Rosa las desentraña con destreza y honestidad.

Los temas que ofrece esta *Vitrina* no le son ajenos a nadie, ni siquiera a quien lee este prólogo.

Y a las pruebas me remito: si a usted en las redes lo han troleado o ha visto que se lo hacen a otros, y el *hater* en vez de ser repudiado es levantado en hombros a punta de *likes*, entonces debe leer en este libro “El mundo del ‘yo’ *hater*, pero chévere”.

Ahora, si usted quiere saber cómo las redes han uniformado la manera de expresar nuestras emociones y sentimientos con botones, *stickers*, emojis y GIF, entonces el texto “La estandarización del sentimiento” es el que busca. No tiene desperdicio.

Así como no tiene desperdicio, por ejemplo, el texto “Te doy un ‘me disgusta’: paradojas de estos tiempos de la información”. Este particularmente le hace entender en un tris cómo transitamos gustosamente

por la dictadura de los dueños de las redes. Nos hace ver que más que libertad, estamos enredados en esta trampa moderna llamada redes.

Pero no solo de redes se habla en este libro. También sobre los desafíos de la comunicación e información que han surgido al calor de fenómenos como el periodismo desapasionado, la infoxicación, los creadores de contenido o los evasores de noticias, por solo nombrar algunos.

Aquí, además, usted encontrará varios problemas cotidianos causados por la pandemia. En este punto, Rosa revisa agudamente las angustias y preocupaciones de nuestro *modus vivendi*, las cuales, por cierto, aún están vigentes como al comienzo del coronavirus.

Por otro lado, Rosa también nos sumerge en los avatares de ese “nuevo mundo del trabajo”, que emerge de la mano de avances tecnológicos y cambios económicos. Para que se hagan una idea, adelanto una pregunta que ella se formula en una de sus reflexiones, pero que en el fondo a todos nos concierne: “¿Cómo aceptar que aquellas herramientas y conocimientos que hicimos parte de nosotros, ya no nos sirven o, con suerte, deben cambiarse?”. La respuesta que Rosa nos brinda a esa interrogante es muy interesante. Búsquenla, esa nimiedad se titula “Las tribulaciones de reinventarse”.

Seguramente, cuando revisen el libro se sentirán identificados con los temas de vida que Rosa plantea con naturalidad escritural. Parecen temas sin importancia en nuestra cotidianidad, pero, la verdad, nos abruman tanto que solo nos damos cuenta cuando Rosa nos regala sus lecciones básicas para aguantar la presión o sus reflexiones sobre la supuesta crisis de los 40 años.

Por esas razones digo que este libro no es ninguna nimiedad. Al contrario: es de suma importancia para tratar de entender este complejo mundo desde la perspectiva fresca, descarnada, sentida y vivida de Rosa, que describe con alto sentido de la ética los pesares y las proezas de la avasallante cotidianidad.

Leer *Vitrina de Nimiedades* es descubrirle el sentido a lo que está ocurriendo con las redes, el periodismo, la comunicación, la pandemia, el trabajo y, sobre todo, con algunas circunstancias de la vida que nos marcan con sus alegrías e infortunios.

Es un libro, insisto, que no es una vitrina de nimiedades, sino más bien una vitrina de aconteceres valiosos, testimoniados con la prosa amable y bien lograda de Rosa. Si quiere haga la prueba, tome un texto al azar y verá que me quedo corto en lo que le digo.

Le aseguro que después de leer tantas “nimiedades”, quedará con la sensación de que todo lo expuesto tiene una gran relevancia para sobrellevar nuestra existencia de una forma más consciente y humana.

Porque cada nimiedad en este libro tiene eso: humanidad. De ahí su valor intrínseco.

Espero que lo disfruten.

Manuel Palma | Periodista

La marca y el oficio

Rodolfo Walsh, periodismo militante. Günter Wallraff, periodista indeseable. Ryszard Kapuściński, trotamundos. Arístides Bastidas, ciencia. Eleazar Díaz Rangel, historia y gremio. Ellos crearon un nicho para ejercer este oficio llamado periodismo; y sus nombres vinieron a mi mente cuando vi una oferta que no sé cómo calificar: un curso para construir la marca personal del periodista en tiempos de redes sociales.

Algunos de ellos no llegaron a experimentar la premura de tareas como el tuiteo en vivo, pero sí vivieron las presiones y desafíos naturales del mundo periodístico en tiempos cuando no existía el ayudamemoria veloz de internet. En muchas ocasiones, solo con una máquina de escribir, lograron poner una huella imborrable que anhelan hoy cientos de periodistas en el mundo, presentes en las llamadas redes sociales y cuyo impacto se mide en cuántos seguidores alcanzan.

Sigue estando intacto ese deseo de plasmar una huella, aunque los tiempos no son comparables, lo sabemos. Y tampoco es equiparable la razón por la cual unos y otros se vuelven visibles. En *Operación masacre*, de Walsh, había un compromiso con una causa social y política; y en *La ciencia amena*, de Bastidas, la apuesta era hacer cercano un instrumento que había sido colocado en lo más alto del olimpo de lo incomprensible.

¿Y es que esa intención no existe hoy en redes sociales? Existe, indudablemente. Hay iniciativas valiosas para hacer un periodismo distinto, pero con una presión agregada. La obligación de convertirse en una marca, y no precisamente por el trabajo en sí. Hay que codearse más de cerca con los principios del *marketing* y ganarse el afecto de un jefe más exigente que un editor: el famoso algoritmo.

Empieza uno a preocuparse cuando el sentido de su profesión toma un sendero que está más cercano al mercadeo. Y aunque deben convivir, el asunto es si más bien se está planteando una competencia con otros actores que tienen herramientas aparentemente más atractivas, que pueden resultar más creíbles aunque en el fondo no lo sean.

¿Qué puede resultar más atractivo? ¿Los consejos de un psicólogo servidos a la carta o un trabajo periodístico sobre depresión? ¿Las palabras en directo de un político o una crónica sobre un mitin? ¿El video de un *influencer* o una nota informativa sobre esa pieza audiovisual? Depende, pero pareciera que las distancias se acortan entre fuentes y públicos, por lo que la mediación periodística para algunos no tiene sentido.

Mas, para desgracia de aquellos que quieren ir a los funerales del periodismo, vivimos tiempos que han ratificado la necesidad de contar con reporteros con agudeza y capacidad interpretativa, editores capaces de poner a un redactor contra las cuerdas y medios listos para entender nuestras realidades en contexto, en la época de la información reducida a cápsulas.

Ese es el sello distintivo de una profesión, como ya sabían Walsh, Wallraff, Kapuściński, Bastidas o Díaz Rangel. La única marca que toca rescatar es la del oficio indispensable para entender el mundo en el que vivimos, la apuesta de un oficio que ha surfeado con sus propias herramientas las olas tecnológicas.

Cancelando a Malena

Era censurable, o eso pensaban quienes le rodeaban. A Malena, el personaje de la película del italiano Giuseppe Tornatore, pretendían invisibilizarla en su pueblo de residencia porque... ¡Caramba! ¿Cómo iba a existir una mujer viuda, sensual y pobre en plena II Guerra Mundial? Pero el lamentable destino del personaje interpretado por Mónica Bellucci se replica en la (¿cinematográfica?) realidad.

La cultura de la cancelación, como se conoce al conjunto de acciones destinadas a castigar en redes sociales a quien hace algo considerado reprochable, es común en muchos ámbitos; con consecuencias que se pierden de vista. Hace una semana se reseñaba en medios internacionales la situación de un hombre de origen latino en Estados Unidos, que solo por hacer con su mano un gesto fue acusado de racista; terminó despedido y sin posibilidad de conseguir un nuevo empleo en lo inmediato.

El responsable de fotografiar y divulgar el infortunado ademán, que se viralizó en redes sociales, terminó arrepentido, porque descubrió que expuso al escarnio a una persona inocente, que tendría ahora más dificultades para mantener a su familia.

Pero ese afán de “cancelar” a la gente no es novedad, ni ha cambiado su patrón. Recuerdo aquellos tiempos de colegio en los que se aplicaba la “ley del hielo”, destinada a ignorar en masa a aquel compañero que había cometido algún acto repudiable, o esas campañas con escritos en paredes que, sin saber si eran mentira, cumplen aquella máxima de que lo dicho mil veces se convierte en verdad.

Eran cosas que pasaban entre 1980 y 1990 entre los entonces niños y adolescentes *millennials*; acusados de haber enraizado la cultura de la cancelación como parte de esos hábitos inusuales con los que se pretende etiquetar a esa generación, presentada como una *rara avis*.

Pero los miembros de esa generación, muchos llegando a los 40 años, no están cometiendo una nueva perversión, para nada. Estamos ante un problema que, quizás, nació con la humanidad: el afán de aplicar justicia bajo la guía de la rabia; la mezcla de la virtud más exigente con la más visceral de las emociones.

Definiciones sobre lo justo sobran, y varias lo describen asociado a la caridad, la prudencia, la piedad, la moral o la razón; cualidades que, como humanos, probablemente no podremos reunir en una sola persona. Así que ya es bastante complejo aplicar justicia como para sumarle ese fogonazo cegador del enojo, ese disparador de las ideas más peligrosas.

¿Qué puede pasar cuando se arroja ese combustible sobre un mundo hiperconectado? Pues, aparecen muchas Malenas en línea sobre las brasas de la ira de quienes, publicando algo por cualquier red, diciendo la verdad o no, quieren sentir que se aplicó castigo severo. ¿Los daños? Prácticamente irreversibles. Vaya tentación nos ofrecen estos tiempos ¿Podremos cancelarla?

Conjugación sobrevenida del verbo hacer

Del dicho al hecho hay mucho trecho, tanto, que muchas veces no se llega a saber si se hizo lo prometido. Si se logra, se dice que hay que meterle el pecho, aunque a veces la cosa se lleva otras partes del cuerpo. Los más afortunados sostienen que son del equipo de las cosas bien hechas. Otros, con más dificultades, se defienden con un, “se hace lo que se puede” en boca. Pero, ¿para qué preocuparnos? Dicen por ahí: la peor diligencia es la que no se hace.

El refranero popular nos ha regalado opciones para una tarea que nos acompaña desde el mismo momento en que estamos, calienticos y sin rollos, en el útero de mamá: hacer. Es tanto como demostrar que estamos vivos, pues no pasa un día en que no conjugemos ese verbo en nuestro proceder, así los resultados sean desastrosos o seamos campeones en posponer tareas. Pero, en tiempos de pandemia, toma un significado que aún no entendemos.

Nadie nos dará las respuestas para hacerlo bien en este momento. En realidad, casi nunca sucede. ¿Ya hicieron el manual para sobrevivir esta época sin despeinarse ni asustarse? Mientras esa novedad editorial aparece (veamos si alguien se atreve), toca entender que muchos

códigos están en el suelo y, por tanto, toca actuar en formas que antes ni siquiera admitíamos.

En medio de ese desconcierto, van saliendo algunas nuevas mutaciones del hacer que, rebosantes de buenas intenciones, nos pueden traer problemas. Ponernos bien el tapabocas sin guardar la distancia, casi respirando en el cuello del otro, es una de ellas. Ir a buscar el sustento compartiendo utensilios de trabajo es otra de esas cosas luminosamente peligrosas que podemos realizar.

Se abren así las compuertas a desastres de diversa escala: dar clases a distancia sin saber cómo hacen los estudiantes y el profesor, que quizás salieron de sus casas para cumplir su propósito; ejecutar entre 15 una tarea que podían hacer tres con un metro y medio de distancia, o hacer la fiestica aquella porque, total, estamos en familia.

Esas cositas cotidianas nos llevan a una dimensión épica de la acción: nos fascina decir “lo hice” como un acto reivindicativo. No importa qué nos llevemos por el medio, a quién expusimos, qué tan cerca estuvimos de fracasar o qué riesgo corrimos. ¡Lo logramos!

Pero esta vez no aplica. Se trata de un trabajo quirúrgico: hacer lo realmente necesario en el momento justo, con los recursos indispensables y el riesgo mínimo. Lo complejo es lograrlo, especialmente cuando estamos acostumbrados a un pedaleo incesante, a ser una suerte de máquinas programadas bajo patrones específicos inalterables. Porque, al final, la pandemia también nos trajo el desmontaje de las costumbres.

Como no cuesta nada, vamos a preguntarnos si estamos haciendo lo que verdaderamente nos toca en el trabajo, la casa y la vida personal. ¿Estamos corriendo riesgos? ¿Los podemos evitar? ¿Podemos actuar de modo distinto? ¿Sabemos qué recursos tenemos? ¿Cómo usarlos? ¿Estamos dispuestos a probar otras formas, a hacerlo de modo diferente? Ya les describí al principio de este escrito el trecho del dicho al hecho.

En contra (o a favor) de la queja

Por todo hay que luchar siempre y siempre. Hasta por lo que ya tenemos y creemos seguro. No hay treguas. No hay paz.

Alejandra Pizarnik

¿A quién le causa gracia una queja? Es una de las expresiones que peor saldo nos puede dejar –si no, recordemos los tiempos de la escuela– y que más contrariedad nos causa. Le hemos inventado antídotos, como poner buena cara, mejor ocuparse antes que preocuparse y hasta oficinas. Pero, en un país bloqueado, declarado “amenaza inusual y extraordinaria”, con el sistema económico que ya sabemos, ¿podemos lamentarnos o pasamos de eso? ¿Cómo?

En estos días, cuando tantas cosas vienen desde varios flancos, luego de seis meses de un cambio que no se veía ni en la borra del café, me topo con una sensibilidad especial ante la queja. En redes sociales sobra el combustible para el lamento: salarios, servicios, salud, ocio... Y viene la contrarrespuesta: la condena al lamento, desde el ataque

según la posición política de quien se queja hasta una postura que, aunque razonable, no deja de ser dura: sí, amigos, estamos en una guerra, y tenemos que aguantar la pela.

La cosa no cambia mucho si uno se va para la calle: tapabocas y gel antibacterial no evitan conversaciones catárticas sobre la sobrevivencia, desde los compañeros que se pusieron a vender lo que mejor tienen a la mano hasta personas que, en plena cuarentena, se buscaron otro trabajo. Pero, entre unos y otros, siempre está la preocupación por estos tiempos. Algunos se sienten victoriosos por momentos o, al menos, guapos, porque soportan; otros, solo piensan en llegar de pie al día siguiente.

Si algo los une es ese peso de tener que estar de pie, así venga el más arrebatado de los huracanes. Son muchísimos los hombres y las mujeres que están aguantando, con demasiada nobleza, pero también tienen derecho a expresar cuánto les agobia el peso que llevan. Unos serán más viscerales; otros, más reflexivos. Mas ignorarlos o pretender minimizar lo que sienten es apretar un poco más la tenaza que nos están aplicando desde afuera y, para remate, darle oxígeno a esos factores que propician el caos interno impulsando la ineficiencia y la indolencia.

¿Y es qué ahora nos convertiremos en plañideros a dedicación exclusiva? Es claro que no, pero liberar lo que pensamos nos vendría bien a todos. A quienes llevan la carga, porque una cuita es más llevadera si se comparte, como dicen por ahí, y nos permitiría ver que como sociedad tenemos mucho más en común de lo que algunos quieren hacer ver. Y a quienes toman decisiones, porque el reto es mayor: analizar y entender en colectivo cuánto de lo que nos pasa es culpa del bloqueo y cuánto es, en realidad, culpa de agentes que se ponen robustos y rozagantes con el caos.

Quizás, lo más valioso de atrevernos a oírnos es que podríamos

asumir algo: nada es una conquista definitiva, como escribió Alejandra Pizarnik, y toca inventarse nuevas herramientas de combate. ¿Qué dirían nuestros próceres si, más de 200 años después, vieran nuestro continente? Imaginen la respuesta. La lucha podrá variar, pero jamás cesa.

Nota: En otro lote quedan los que viven invocando al diablo, pero se estremecen con solo verle un cacho. De eso hablamos otro día.

¿Periodismo desapasionado?

La “cápsula de sabiduría” de esta semana me la conseguí en Twitter resumida en este escrito: “Nada grande se ha hecho en el mundo sin una gran pasión”, G.W. Friedrich Hegel. Está ahí, servidita. ¿Cuántos tuiteros pueden cuestionar que este sea su autor? ¿Cuántos estarán seguros de que sí lo es? ¿Cuántos cotejarán? Mientras van cayendo tuits en cascada, esas preguntas quizás no surjan. Pareciera que no hay chance para preguntar y con esta corriente, también hay profesiones que parecieran destinadas a ser puestas en duda, como el periodismo.

No me refiero a los cuestionamientos que varios “sabios” de las redes sociales hacen a esta carrera, que consideran asunto del pasado porque el algoritmo no la premia, o a las advertencias que algunos mayores hacían cuando tenía el libro de oportunidades de estudio del CNU en las manos: “Los periodistas son pelabolas”. Hablo de la duda que surge al pensar que esa carrera que estudiaste no tiene futuro, y que toca pensar en una opción diferente para llegar con algo de dignidad a fin de mes.

En conversa con algunos colegas, caemos sin notarlo en un punto que provoca escalofríos: cuánto ha cambiado el mercado laboral. Y no

me refiero a los desafíos del teletrabajo, los retos del discurso transmedia o al auge del *podcast*. El panorama mediático es radicalmente otro, muchos de los llamados colosos de otros tiempos ya dejaron de serlo, mientras otros medios van naciendo. Y todo eso se está dando junto a un cambio de relación con los usuarios de medios, imbuidos en el efecto “tiempo real” que brindan los entornos digitales.

La cosa resulta desafiante, y con eso debería darse un efecto de ignición que nos llevara a pensar cómo innovar en este oficio, cómo aprovechar las novedades, cómo poner esa situación a nuestro favor. Pero pareciera que el modo “sobrevivencia” nos lleva por las narices y la tarea de conseguir trabajos a destajo para llevar un poco la fiesta en paz es la norma.

Sí, sí, ya sé que no somos los únicos que andamos en esa, pero hay algo que no termina de hacer clic acá. Temo que para algunos la pasión por ese oficio esté siendo sustituida por el tedio, la monotonía, o la simple obligación. Y ahí se le sale la rueda a la carreta, porque si nosotros nos desviamos del camino, ¿qué puede darle vida al periodismo? No faltará quien sienta que puede vivir sin lo que nosotros hacemos. Desde la individualidad, vale. Pero en una sociedad donde las cataratas de información no cesan, a mi juicio, es imposible concebir que podrá andarse sin periodistas, siempre que ellos se comporten como tales. El reto es que nosotros mismos así lo entendamos.

Y no se trata de la visión romántica con la que algunos nos animamos a desoír las advertencias sobre esta profesión. Es algo mucho más complejo, más orgánico: a nosotros nos toca hacer las preguntas que otros no se formulan, ir más allá del lugar común, andar con la duda permanente. Hacer lo que otros no hacen con el tuit con el que abrí este escrito. Y nada de eso se logra sin una gran pasión.

Un acuerdo para desbloquearnos

Una minoría invocó al diablo, pero no lo verá venir. Para eso pone por delante a una mayoría –trabajadora, sin fortunas- que ve cómo Satanás se aproxima con todo el desparpajo que sus cachos y tridente le permiten. Así termina viéndose el bloqueo impuesto contra nuestro país, que de entrada nos pone dos retos: la construcción de un discurso efectivo, real, aglutinador y creíble aún ante problemas previos al bloqueo, cosa que no abordaré por ahora, y la creación de bases para la acción y el entendimiento colectivo. En dos platos: esto no se resuelve ni con el “sálvese quien pueda”, ni con “cada quien que vea cómo hace”.

Suena utópico, casi rayando en la cándida estupidez, pero si no logramos un acuerdo mínimo de coexistencia, los vicios que se han ido enquistando en medio de esta asfixia económica no solo se intensificarán, sino que tendrán más excusas para perpetuarse. Pienso, por ejemplo, cómo agentes económicos van ahogando sin piedad al bolívar al punto de imponer fechas para sacar de circulación billetes. ¿Sabemos cuánto cuesta imprimir esas piezas? ¿Qué podríamos pagar con los recursos que se invierten en eso? ¿Cómo puede un país bajo asedio perder dinero de esa forma?

Pero pasa, y cada billete muere con algunas broncas entre choferes y pasajeros que, finalmente, se terminan adaptando. Como también ocurre con esa costumbre de no recibir dólares rayados, rotos o viejos, como si la Reserva Federal quedara de Solís a Marcos Parra. Dolari- zación bonita y sin arrugas, pues.

Y si hablamos de divisas, cuentos sobran en condominios y en comunidades de sectores populares, donde las colectas para reparar tuberías, postes, aceras y afines se hacen en verdes, con montos cada vez más grandes. Y a eso, súmele el humor de algunos vecinos que, en el fragor de momentos como la venta de gas, quieren aplacar los ánimos con frases como “se acabaron las comodidades”, o cualquier palabra que pretenda encender la candelita en la cuadra.

Cuando un problema es colectivo, la tentación de sobreponer lo individual es natural, por no decir instintiva. Es una ola que arrastra a unos, cuadrando cómo podrán salir bien librados de cada asunto que se les atraviesa, y a los otros, que aceptan resignados que las cosas son así, que cómo hace uno, que podría ser peor y eso. Y no faltará quien recuerde que mientras unos lloran, otros fabrican pañuelos.

En medio de semejante festival de sentimientos y posiciones, ¿cómo enfrentar el bloqueo, que es real, que no es cuento de carretera y que viene cual diablo acudiendo al llamado? ¿Es posible sobreponerse al tsunami sin mirar al lado y saber que, por más que se busque refugio individual, la desgracia del vecino al final será la propia?

Dicen por ahí que uno no escoge lo que le ocurre, pero sí es responsable de actuar ante ello. Y, bueno, unos pocos nos echaron este camión, pero para evitar que nos aplaste hay que desmontar toda una estructura de pensamiento que ha privilegiado lo individual en los últimos tiempos. Habría que asumir una nueva forma de relacionarnos, que desbloquee la necesaria voluntad de entendernos.

El billetico

No sé cómo llegó a este país, si fue en el bolsillo de un viajero o en la maleta de un raspacupo. Aunque podría ser muy bien recibido, el desgaste le quitó el esplendor del que gozan otras piezas del mismo origen. Tener un dólar roto, viejo y desgastado, más que una tragedia, es una radiografía de todas las peculiaridades que le han dando a nuestra economía el grado de carrera contrarreloj.

En mi cartera guardo el billete, cazando algún alma que no tenga escrúpulos y me permita comprar al menos medio kilo de caraotas negras. Pero la tecnología hace su trabajo para mantenerlo junto a mí. “La máquina no lo acepta”, me responden aquellos que cuentan con equipos para verificar la autenticidad del billete. Nada, el equipo no es complaciente, y toca salir con el fracaso en la cartera.

Otros solo pasan sus manos por el billete, lo miran, lo analizan, casi le hacen psicoterapia. Pero la respuesta es la misma: NO. Así, en mayúscula, porque si algo tienen todos los vicios con los que han minado nuestra economía es ese espíritu medalaganario, como decía una querida profesora de la universidad, que pretende imponerse con las normas más inusuales y extraordinarias.

Y las reglas sobre las divisas van a la vanguardia en poner trabas. Se privilegian los billetes nuevos, como si pudieras sacarlos del banco que queda ahí mismo; se aplican montos mínimos de consumo para recibir vuelto, sin contar que debes esperar primero que el cajero tenga billetes para devolverte; el marcaje de precios es una fantasía, toda una distracción para quien cree que dos dólares son nada, y se promueve la reducción del valor de otras monedas como el euro. He visto a más de uno hacerle el “fo” porque acá manda el dólar.

A pesar de todas esas trabas, cada vez es más común ofrecer productos y servicios en dólares, desde chupetas hasta reparaciones. Vecinos, amigos, conocidos y compañeros de trabajo están a la caza de divisas para llegar a fin de mes. Todo vale: tortas, hamburguesas o trabajos profesionales. Así sean cinco dólares semanales, se va tras la esperanza de aliviar el peso de mantener un hogar.

No pretendo juzgar los efectos de esta situación, menos aún detenerme en la búsqueda de los culpables. Ríos de caracteres corren por esos motivos, pero no deja de ser al menos curioso ver el afán de obtener verdes o lechugas aunque se esté pulverizando como nunca el valor social del trabajo, se sobredimensione el costo de muchos bienes y servicios y se sigan distorsionando las dinámicas de la economía. Algunos llaman a esto supervivencia.

Pero sobrevivir en este contexto está atado a un valor capital para estos tiempos: la soberanía. Cuando veo el billetico feo en el monedero, no solo pienso en los caprichos de quienes dictan las normas, también imagino cómo nos pueden aplicar la tenaza a través de la restricción del uso del dólar, una moneda que no nos pertenece. Podría el “azar” del bloqueo económico jugarnos sucio y ver cómo se van esas piezas por las que hoy nos matamos tanto. ¿Estamos cavando una fosa? Esperemos que no.

Caverna, tregua y pandemia

La sensación de andar atropellada me ha acompañado esta semana de flexibilización. Quiero moverme rápido, pero hay una fuerza que me frena: el ritmo de los otros, que parecieran haberse olvidado de activar el sentido de la agilidad que el mundo prepandemia nos obligó a desarrollar. Sí, el encuentro con los ríos de gente ya no me resulta grato, y sé que no estoy sola en semejante problema.

En el imaginario se impuso la idea de que detrás de la puerta de cada casa hay gente ansiosa, moviéndose de un lado a otro, casi al borde del desespero, esperando que le abran para salir en carreras a la calle. Pero hay muchas otras puertas que ocultan a quienes prefieren quedarse en casa, para huirle a ciertas formas de vivir que pueden ser más tenaces que el covid-19.

Ya la psicología, en esa tarea de descubrirnos a pesar de nuestros extraordinarios esfuerzos por mantener oculto lo que realmente somos, advirtió sobre la posibilidad de sufrir del síndrome de la caverna, ese deseo de quedarse en casa porque se está más cómodo y tranquilo. Y ante las opciones, por no decir imposiciones, que nos trajo 2020, para algunos permanecer en su propio techo puede ser una forma de vida.

El mundo laboral ha saboreado las ventajas y los vacíos legales de tener a sus trabajadores activos desde casa. Y, especialmente, aprovecha que la necesidad tiene cara de encierro: madres sin niñera, por ejemplo, optan por trabajar desde el hogar para poder moverse entre los oficios y los hijos.

Y aunque hay campos donde la idea del “hecho desde casa” no termina de cuajar en nuestro país, como la educación, exponernos menos al rigor de la calle convulsa y poco amable no deja de ser tentador, especialmente ante los embates de un bloqueo que restringe servicios como el transporte y vuelve costoso moverse en la calle.

¿Puede una población con los desafíos económicos como los nuestros optar por mantener los cambios que nos ha tocado atravesar en los últimos meses? ¿Estamos dispuestos a derrumbar mitos como las horas/trabajo como sinónimo de productividad? ¿Es posible entender este raro momento como una ocasión para hacernos la cosa más amigable?

Creo que, sin tener respuestas claras aún, hay algo que podríamos proponernos: hacernos la vida un poco más llevadera. Quizás, la ventaja que usted logra de alguna situación, muy a su pesar y sin proponérselo, es el mal momento de otra persona.

Y a eso hay que sumarle esas cosas que fuimos construyendo en medio de este momento, aparentemente inmóvil, casi suspendido, que sacudió fibras tan profundas que no sabemos qué saldrá de semejante historia.

Mientras eso se aclara, trato de llevar la flexibilización con calma. Esta exposición a cuentagotas con el ajetreo, con la gente aún con ritmo de cuarentena, es un desafío. Quizás esa caverna que algunos creamos pueda ser una alternativa por un tiempo más. Porque al cuerpo y al alma también les sale su tregua.

La amable supervivencia

Si se monta en el metro, podrá emular a Soda Stereo y dormir al calor de las masas. Si va apresurado por la calle, seguro se sentirá frenado por grupos de cuatro o cinco personas que van disfrutando el paisaje urbano, como si tuvieran dañado el sensor “dale chola” con el que se mueve cualquiera en la ciudad. Y si le toca ir al banco, pues recupere la paciencia que dejó botada en marzo.

Esta flexibilización de la cuarentena es un viaje en el tiempo para reencontrarnos con aquellas cosas que nos hacían complicada la cotidianidad. Al parecer, esos espíritus cándidos que aseguraban que seríamos otros, no sabemos si mejores o peores, se equivocaron de tiempo, para no decir que su pronóstico no sirvió ni para ganar una carrera de caballos.

No nos vamos a detener a analizar cosas tan complejas como la inflación (¿se puede seguir llamando así?), la dolarización tan sui géneris que lleva a lo más alto del universo cosas como un caramelo o la pugna política que aún encaramos. Más bien, pongamos el foco en una cosa que casi no mencionamos, pero que nos vendría muy bien analizar: hasta dónde somos capaces de hacernos la vida más amable entre nosotros.

Quizás lo que más me choca de esta vuelta temporal a la rutina, que de normal tiene lo que yo de ingeniero, es esa necesidad de sobrevivir impulsados más por la resolución individual que por la del cuerpo colectivo que somos en la calle, en el trabajo, en la casa. Es una percepción mal entendida, que nos lleva, por ejemplo, a arremolinarnos en los pasillos de un autobús espalda con espalda, con vidrios cerrados y tolerando el amorochamiento social a nombre de la “colaboración” con otros pasajeros.

Y todos cedemos con mayor o menor resistencia ante esa situación, unas veces porque ya estamos dentro del autobús y nos queremos ir, otras porque somos los que ansiamos subir para seguir a nuestro destino. Y como el coronavirus no necesita ir sentado ni de pie, porque le basta con el aire, pues resolvemos un problema a costa de otro que nos podría esperar al cabo de 15 días, especialmente si se es practicante de deportes extremos como usar el tapabocas de collar.

El ejemplo del autobús, minúsculo, demasiado cotidiano como para prestarle atención, porque choferes y colectores son así, quién los cambia, es de esas cosas en las que el diablo se cuela feliz: los detalles. En esas nimiedades se juega la posibilidad de seguir sobrellevando juntos este tiempo de pandemia, que esperamos terminar –vacunas mediante– en 2021, y los efectos que un bloqueo que para unos cuantos no existe por razones que merecen ser desmontadas en otra columna.

Siempre hay quien nos recuerda que los venezolanos somos solidarios, del carajo, cosa que demostramos a lo grande. Pero hoy nos toca manifestarlo entre nosotros mismos con esas acciones básicas, casi anónimas, que nos permitan llevar con más holgura esa cotidianidad tan pesada, que asumimos desde esas parcelas que permiten justificar desde la especulación hasta una exposición deliberada al contagio de una enfermedad. A veces, pretender sobrevivir solos no es suficiente.

Te doy un “me disgusta”: paradojas de estos tiempos de la información

¿Qué pueden tener en común Donald Trump, que se quedó sin sus cuentas en redes sociales, y usted amigo lector que comparte trozos de su vida en texto, palabra e imagen por plataformas que un día cualquiera le cambian la seña sobre la disponibilidad de sus datos? Podríamos sumar diferencias en una infinita lista, pero eso no importa mucho: ambos están atrapados en una pasmosa vulnerabilidad. Mientras discutimos sobre libertad de expresión, seguimos afrontando las mismas pugnas de poder en torno a la información como bien público.

El asalto al Capitolio no solo echó por tierra la visión hollywoodense sobre la vida pública de Estados Unidos. Metió el dedo en la llaga: la fantasía de libertad y equidad que nos creó internet se mantiene hasta que las nuevas élites de la información así lo deciden, como aquella diada Iglesia-Monarquía que secuestró para sí la interpretación de la *Biblia*. La diferencia acá está en un punto: en aquellos tiempos, la circulación de datos era limitada; hoy, vivimos surfeando sobre continuas olas informativas.

Pero, en medio de ese incesante consumo de contenidos, una cadena por mensajería instantánea por acá, una notificación por allá,

un video que nos roba dos minutos del día, hemos comprado poco a poco, sin sentirlo, la falsa idea de que podemos controlar los datos que consumimos y, mejor aún, podemos expresarnos con la libertad que dan unas plataformas que hasta lo hacen parecer a uno más bonito.

Esa actitud tan “como me da la gana”, tan “qué poder tan brutal da un tuit”, tan “puedo ser influyente”, cuesta: nada de eso podría ocurrir sin el beneplácito de las políticas de las plataformas digitales que usamos. Cambian sin saber si nos gustan, se “perfeccionan” a costa de cuentas restringidas y controlan lo que podemos decir. Aún más: pueden ser discrecionales en su proceder.

Muestras frescas tenemos en la cotidianidad: un presidente que desconoce el sistema político de su país se quedó sin redes sociales, mientras el hombre que él reconoce como homólogo “interino” desestima el orden institucional en su patria y puede seguir tuiteando desde la sala de su casa.

La otra muestra está en la privacidad de nuestros datos. Las nuevas políticas que en ese sentido aplicará Whatsapp nos llevan por el camino de la indignación aunque lo expresamos desde dispositivos que ya nos sugieren qué palabra o emoji usar, nos hacen ubicables y pueden resguardar la historia de nuestra vida entera. Vamos entregando gustosos nuestra información sin saber si la tendremos de regreso.

Si en otros tiempos el problema era el acceso a la información, hoy el asunto es más complejo y desigual. Mientras más datos circulan, más impositivas y discrecionales son las políticas de quienes nos dan herramientas para sentirnos más libres al mostrar nuestras vidas y opiniones. Usted solo tiene la opción de decir “me gusta”; ellos, en cambio, le pueden dar un “me disgusta” que le cierre sus cuentas.

Trastorno de personalidad pandémica

Las agendas y los calendarios me están provocando serios episodios de negación. Necesito ayuda profesional para saber si sufro el síndrome de la caverna, claustrofobia, agorafobia, trastorno obsesivo-compulsivo o todo junto. El asunto es que experimento síntomas distintos según la condición de cada semana. Una pandemia como esta, que ya va a cumplir un año (por poco se le sale a uno decir “qué rápido crece”) no pasa sin dejar rastro, ni siquiera si media el 7+7.

Cuando llega la semana de flexibilización, empiezo a ensamblar el kit de prevención: los guantes, el antibacterial, un frasquito de alcohol, el termo con agua y el morral. Van en sitios estratégicos, para sacarlos rápidamente, según las necesidades de bioseguridad, y cumplir con rituales ya diseñados. Si me bajo de un autobús, unto mis manos con el gel alcoholado, al igual que el envase que lo contiene y los cierres del bolso. Cuando voy llegando a la entrada de una estación de metro, coloco en mis manos esas prendas que antes solíamos ver en médicos, enfermeras y afines.

Parece que ahí todo va bajo control, hasta que llego al andén. Comienza una experiencia sin parangón: mucha “aproximación” social, rayando casi en fusión; brazos cruzados tratando de sujetarse de algo, sea un hombro o una agarradera; narices rebeldes ante el recato de la mascarilla, un “póngase el tapabocas” versus “todavía la gente cree que esa vaina existe” y, de complemento, retrasos en un viaje que hace ver crecer várices y provocar calambres.

Entre el viaje de ida y el de vuelta, la calle también ofrece el mismo panorama, especialmente si el objetivo es hacer algún trámite. Ni hablar de procurar sacar efectivo del banco. Si el asunto es acudir al trabajo, pues la paz dura lo que se permanece en la oficina. De repente, siento que no quiero estar entre la gente, pues la tranquilidad obtenida con la cuarentena es irremplazable. Me ahorro empujones, encuentros con gente indeseable y el excesivo cuidado no será en vano. Es casi el estado ideal.

Pero cuando llegan los 7 días de cuarentena radical, mi yo claustrofóbico aflora. Pensamientos como “si pudiera ir al banco”, “tengo que subir tal contenido a equis plataforma, pero el internet no funciona bien acá. Debería salir”, “el trabajo siempre rinde más en la oficina que en casa”, me persiguen esa semana, por más que diga “te estás ahorrando los viajes en metro”. ¿Esto cómo se llama? ¿Aturdimiento social? ¿Biodesequilibrio? ¿Qué es?

Lo peor siempre ocurre los domingos, como a las 6:00 de la tarde. En ese momento mi doble personalidad sufre un cortocircuito: aquello que era motivo de quejas los días anteriores empieza a ser motivo de deseo, y aquello que anhelaba empieza a provocar terror. La sensación no se disipa, aunque insisto en distraer mi mente con episodios repetidos de *Todo en 90 días* o *Quién tiene la razón*, hasta quedarme dormida.

A usted, amigo lector, quizás le causen más terror mis gustos televisivos que mis temores. Pero si es psiquiatra, deme una ayudaíta a lo María Bolívar para entender este raro trastorno antes de que la “nueva normalidad” me alcance y no pueda guardar “distanciamiento saludable” ante aquellas cosas que ya eran un problema antes de que apareciera el covid-19.

Información, debate y futuro

Ya cumplimos un año de combate, cambios y adaptación gracias al covid-19, que no está solo en esta tarea de volvernos la vida un tsunami de larga duración. Varios de sus fieles acompañantes intentaron quitarle el protagonismo, pero su estridencia perdía volumen al mismo tiempo que sus polémicas pasaban al olvido: las redes sociales. Solo que la cosa parece no funcionar en Australia, donde está encendido el debate sobre esas plataformas y un bien intangible que vale muchísimo: la información.

La discusión de un mecanismo que lleve a empresas como Facebook y Google a pagar a los medios de comunicación por el uso de sus contenidos no es solo una pelea económica, que incluye a grandes editores en defensa de sus ganancias, ni el llanto de un sector que está en reconfiguración ante un futuro marcado por cosas que nos suenan a ciencia ficción, como la inteligencia artificial. Generar y gestionar información es un proceso complejo, con costos, aunque plataformas como Tik Tok te lo ponen todo muy sencillo.

Ahí radica uno de los primeros asuntos que deberían zanjarse: ¿hasta qué punto las múltiples aplicaciones, utilísimas algunas, poco pertinentes otras, nos están cambiando el sentido que les damos a los millones de

datos que diariamente circulan por internet? Nada de raro tendría pensar que todos podemos tomar fotos geniales solo con un buen teléfono, o que a punta de tuits podemos saciar la necesidad de conocer nuestro entorno. Frente a eso, ¿somos los periodistas los que hemos fracasado? ¿O los cambios tecnológicos, en lugar de reconfigurar nuestro oficio, lo están condenando a desaparecer?

Piense por un momento todo el caudal de información sobre sí mismo que puede aportar una cuenta manejada por usted en una red social. Ahora, multiplique esa misma acción por millones de usuarios. Empleadores, especialistas en *marketing*, estudiosos de las ciencias sociales y agentes de seguridad, solo por mencionar unos pocos ejemplos, tienen espacio suficiente para hacer minería de datos, tomar decisiones e invertir dinero si la ocasión lo amerita. Y los que se lucran, como ocurre casi siempre, no tienen rostro para nosotros.

Si eso pasa con cuentas personales, ¿qué puede ocurrir con las empresas periodísticas? Su capacidad de producción de contenidos, que debe responder a parámetros profesionales, condiciones salariales, lógicas de mercadotecnia (sí, nos guste o no), se encuentra superada por plataformas que, aun funcionando como unas vitrinas, tienen mayor influencia en los modos de usar, divulgar y consumir información. Y las diferencias no solo se notan en cantidad de usuarios, sino en el rigor con el que circulan los contenidos. Una noticia, lamentablemente, muchas veces va en desventaja frente a *fake news*, reacciones y opiniones.

Sobra decir que la pandemia por covid-19 ha dado suficientes oportunidades para comprobar esa desigual realidad, nada nueva. Y también, que el periodismo tiene unas cuantas deudas sobre calidad y pertinencia. Pero, más allá de lo que suceda finalmente en Australia, apenas si se habrá iniciado un debate que no deberíamos eludir: el futuro de la información en su sentido público es también nuestro provenir como sociedad.

Los portales del dólar

El dólar es garantía de sorpresas. Jamás podría uno aburrirse si decide hacer alguna transacción con cualquier billete de esa moneda. Cambios de ánimo, múltiples tasas de cambio para una misma compra, robos disimulados y ofertas que se vuelven inalcanzables son apenas algunos de los portales que se pueden abrir cuando aparece esa divisa en el horizonte.

El billete más aventurero, atrevido y farandulero es el de un dólar. Con él en sus manos, puede comerse dos empanadas y un jugo, una hamburguesa o una parranda de chucherías. Si quiere llamar la atención del mundo, tenga un manajo de esos billetes. Lo librarán de episodios no aptos para cuentas en bolívares.

Pero como ocurre muchas veces, la imperfección viaja sobre ruedas. Si la tarea es pagar un pasaje en autobús, la devaluación es casi segura. Una tasa de cambio menor al promedio hace posible que, en lugar de un viaje, termine pagando tres.

El siguiente portal se abre con los montos límites para recibir vuelto. ¿Paga con \$5? Resígnese a gastarlo todo, no le quedará vuelto. ¿Es de \$10? Su suerte depende del billete que mencionamos anteriormente, siempre que se encuentre en el local comercial que visite. Habrá fuerzas que lo

tentarán a comprar de más para evitar devolverle algo. ¿Es de \$20? Las fuerzas del bien pueden ayudarle, siempre que gaste la mitad. ¿Es de \$100? Encomiéndese a cualquier fuerza espiritual monetaria. ¿Es ateo? No podremos hacerle cambiar de opinión.

Si el vuelto le brinda emociones a contrarreloj, los aumentos en divisas son el equivalente a una prueba de esfuerzo. Pasa con zapatos, piezas sanitarias, equipos tecnológicos y todo aquello que pueda aumentar porque otro así lo quiso.

Mención especial merecen los servicios que se cobran en divisas. Se incrementan a pesar de la vana ilusión de estabilidad de precios, que nos llevó a cambiar nuestra manera de calcular costos. Hasta una versión al estilo *La pulga y el piojo* sale de todo esto.

La lista de portales también incluye el pago en bolívares si el cálculo es en divisas. Una carrera en taxi puede calcularse en Bs. 2.000.000 por dólar, cuando la tasa del BCV marca Bs. 1.800.000, mientras que una simple empanada puede aumentar al menos 40% su valor si se cancela en moneda nacional. Si compra un equipo eléctrico, es posible que los accesorios que le ofrecen de obsequio los termine pagando.

Para aliviar las cargas, es factible entrar en la dimensión de los comercios que aceptan billetes rotos, desgastados y rayados. Aunque apliquen tasas de cambio antojosas, quizás la buena estrella le acompañe, siempre que se conjuguen buenos informantes con Mercurio de buen ánimo.

Mientras ese portal se abre tímidamente, aparecen las cuentas en divisas. Sin fama reconocida, se ignora aún cuáles podrían ser los efectos de acceder a ese portal. Si logra superar todas las manías, tracalerías y desigualdades que marcan las otras posibilidades, quizás estemos ante una opción más saludable. Amigo Tiempo, te dejamos hacer ese descubrimiento.

Fórmula vs. ingenio

Gracias a un afortunado tropiezo en redes sociales, leí un texto de Martin Scorsese sobre la profundidad de la obra del cineasta italiano Federico Fellini, que el estadounidense atribuye a una práctica común entre los directores de mediados del siglo XX: repreguntarse periódicamente qué es el cine. Aunque es un hábito que el director de *Taxi driver* cree perdido, pensar en esa vieja costumbre despierta inquietudes: hoy, cuando todos podemos hacer un video, publicar un escrito y hasta diseñar con herramientas que ahorran pasos, ¿cómo asumimos la producción de sentidos en el reino de las redes sociales?

Guardando las prudentes distancias, viajo un momento a aquellos tiempos en los que decidí estudiar Comunicación Social, a finales de la década de 1990. Mi apuesta inicial era dedicarme a la radio, una deuda que tengo pendiente a pesar de los pocos momentos en los que he disfrutado estar en ese medio, pero al final me terminó enamorando el periodismo: la construcción de los textos como arte donde pocos logran su objetivo, la búsqueda del ingenio, la posibilidad de darle nuevos sentidos a nuestro entorno y, sobre todo, entender que la política está en todo, fueron el gancho para quedarme allí.

Y si bien en aquellos momentos existían fórmulas, patrones, esquemas, lineamientos, reflexiones y modelos de negocio sobre los cuales aprender, para bien o para mal, siempre estaba abierta esta posibilidad de alimentar la creatividad, de construir un sello propio, de discutir qué mensaje terminamos construyendo y cuáles son sus implicaciones.

Hoy, con las redes, la premura por producir y ser visibles atenuó ese ímpetu de dejar esa huella propia. La estética, en unos cuantos casos, ya no tiene el peso de otros tiempos. Y, sobre los contenidos, casi todo es lúdico, suave y sencillo, adaptado a la lógica prearmada que se ha construido en esos entornos, que hace posible darle “me gusta” a noticias verdaderamente desafortunadas porque así se mide su impacto. Por supuesto hay quienes se proponen dejar su impronta, quien comparte lo que sabe o se propone innovar, pero casi nadie vuelve sobre la pregunta que, al igual que Fellini, podría abrimos el horizonte: ¿para qué se crearon las redes sociales?, ¿qué elementos componen este mundo?, ¿cómo dejar una marca distintiva?

No son tiempos sencillos para lo público. Algunos profesionales podemos ser vistos como prescindibles, especialmente cuando la información viaja en cápsulas con fórmulas preestablecidas. Esa sensación de saber sobre comunicación se impone vertiginosamente, aunque ello no signifique que se sabe efectivamente cómo comunicar. ¿Son más democráticos estos tiempos? Todo indica que no, pero esa sensación de participación que nos da publicar un tuit o un video alimenta bastante bien esa ilusión.

De la misma forma que Fellini y otros maestros volvían a preguntarse, “¿Qué es el cine?”, como cuenta Scorsese, quizás los comunicadores deberíamos volver a preguntarnos desde nuestras áreas qué es lo que hacemos, por qué y para qué sirve, especialmente cuando la información, la savia de nuestra labor, es tan frágil y manipulable. Volviendo a la raíz, a la revisión y al ingenio, probablemente daremos nuevos sentidos a nuestro trabajo.

La estandarización del sentimiento

Cavilar frente al riesgo o el peligro tiene en el ideario popular una sola expresión: el miedo es libre. Pero, en pandemia, sentir temor apenas tendrá una parcela en ese completo mundo emocional que se vive en la calle y se estandariza en las redes sociales que, paradójicamente, aún no están preparadas para digerir todo lo que se genera en semejante montaña rusa. Y es que en esos entornos los sentimientos están normados: botones, GIF, *stickers* y emojis están diseñados para unificar emociones, expresiones y expectativas.

Eso hace muy duro procesar nuestras reacciones frente al dolor o el duelo, sentimientos que nos han tocado a todos por alguna vía en estas últimas semanas. Muchos tratan de compartir el pesar dando RT y "me gusta" a algo que no puede agradar ni un poco, pero son las únicas formas de solidarizarse con un amigo, un colega o un familiar en aquellos entornos. Nos une la conmoción de la partida física o el riesgo del peligro poniéndolo todo en la misma intensidad.

Quizás para expresar el dolor no sea el ejercicio más efectivo, pero cuando el asunto es procurar ayudar a quien lo necesita, es probable que ese lenguaje funcione. Sigue siendo odioso darle un *like* a un pe-

dido de auxilio, pero en este caso se podría pensar que un retuit no se le niega a nadie. Por algún lado, se cuele la solidaridad espontánea, nutrida de la experiencia y la posibilidad de ayudar. Y, por el otro, nos van creando conciencia sobre la vulnerabilidad: aunque algunos cuenten con más recursos que otros, no estamos exentos de requerir el auxilio de alguien.

Ese sentimiento de fragilidad nos hace descubrir esa capacidad de crear redes para encontrarnos, ayudarnos y compartir lo que sabemos. Algunos cuentan su experiencia afrontando el covid-19, relatando cómo lograron conseguir ayuda y a dónde acudir para obtener medicamentos, insumos médicos o terapia. Otros, como grupos de enfermeros, han creado redes de apoyo por plataformas de mensajería instantánea para asistir a quien lo necesite, sin importar dónde se encuentre.

Para bien o para mal, muchas de esas iniciativas se ven avasalladas por otras informaciones sobre el coronavirus. Solo quien se dedica a buscar podrá conseguirlas, cuando lo lógico sería aprovechar el alcance de las redes sociales. Cuando deberían hacer honor a su nombre, su eficiencia se vuelve más compleja: así como debe visibilizarse a quién requiere ayuda, hay que mostrar también a quien puede ayudarles.

A la par de la necesidad, también surge la frustración, la ansiedad o el temor. Expresarlo no es el problema; el asunto se vuelve incómodo cuando se quiere juzgar cuán correcto es sentirse así. Las redes sociales, aunque han sido testigos de excepción de tiempos dolorosos, no están pensadas para expresar el sufrimiento. Se baila, se goza, se ama y se ríe en videos, historias y texto con los mismos filtros, etiquetas, imágenes y formatos: nadie es más feliz que otro, se vive con la misma intensidad. Pero, cuando se asoma la cara desagradable, los estándares son odiosos, porque la realidad y sus modos siempre nos superan.

La casita de Luisito

Clases presenciales a la vuelta, vacunación, Monómeros: mucho de qué ocuparnos en este país, tan llamativo y tan vapuleado. Política y nueva normalidad (este eufemismo es inmune a cualquier razonamiento) deberían estar concentrando inquietudes, conversaciones y sostenidos esfuerzos comunicacionales. Pero una cosa es que sean temas de impacto y otra cómo las empaquetan para llevarlas a la arena del debate público, especialmente si nos paramos en la acera de las redes sociales, donde importa mucho más juzgar dónde compran casas los *influencers*.

Podemos comenzar por el retorno a clases: la presencialidad es más que urgente, pero el regreso requiere una articulación plena para hacerlo lo menos traumático posible. Así como fue un choque quedarnos en casa, también será complejo volver luego de que se generaran nuevas dinámicas en las familias. Un estudiante no es un niño o un joven solo, detrás hay toda una sinergia propia de cada hogar.

Ni hablar de los docentes, que también son padres y madres de familia, trabajadores que se enfrentan a la nueva dinámica de la economía, donde el emprendimiento se está convirtiendo en alternativa frente a la situación provocada por los estragos del bloqueo en los derechos de los trabajadores. El mundo laboral y educativo cambió tanto que aún no digerimos todo

eso. En medios tradicionales y redes sociales, salvo esfuerzos precisos, esa realidad no es un asunto de interés. Está más chévere hablar de la casa de Luisito Comunica allá en Anzoátegui.

Pero no vamos a desviarnos, que con el inicio a clases también sigue andando el plan de vacunación. Muchos tenemos algo que contar al respecto, sea desde la tranquilidad de estar inmunizados o desde la inquietud por el futuro, con una pandemia que va a cumplir dos años. El gran desafío es comprender que este proceso nos puede empujar a varios escenarios, que sería un tanto temerario llamar nueva normalidad... En todo caso, cada día se afianza más entre nosotros la idea de “convivir” con el covid-19, todo un reto que no nos exime de nuevos cambios en nuestras relaciones y dinámicas. Esto también le salpica a Luisito, aunque se gaste unos cuantos dólares en una casa.

Y volvimos a desviarnos. Qué distracción la nuestra... Retomamos el hilo para encontrarnos con la realidad política, que nos pone en agenda la polémica con la empresa Monómeros, convertida en joya de la discordia por quienes han insistido en crear una institucionalidad paralela, muy efectiva para justificar maniobras internacionales destinadas a quitarnos nuestros recursos. Nos deberían unir los legítimos intereses de la República, independientemente de nuestra filiación política, frente a una acción que se traduce en el robo de millones de dólares del país. Mucho más dinero del que pagó Luisito por su casita playera...

Me disculpo por insistir en hablar de la casa de Luisito Comunica y hacerlos dudar sobre la intención de este artículo. Desde el título asumo que estoy rayando en la estafa, porque no me dedico a hablar ampliamente de un lugar que solo conozco por video, pero las redes me trastocan las prioridades... El que quiere distraernos con el viejo truco aquel de “mira el pajarito” va ganando en las redes.

El trabajo de tener trabajo

Experiencias con el mundo del trabajo hay tantas como personas, oficios, ocurrencias y excentricidades puedan encontrarse. Existen quienes han hecho tantas cosas como oportunidades tuvieron, los que tienen años haciendo lo mismo y aquellos que, luego de sentirse satisfechos con su labor diaria, creen que ya está bueno de eso, ya no es lo mismo. Comienza para ellos el tedio de trabajar para tener trabajo.

Podríamos atribuir ese tedio al descubrimiento, a veces tardío, a veces abrupto, de todas las falacias que nos han dicho sobre la vida laboral: no es verdad que siempre que usted trabaje su vida será una línea ascendente de éxito y prosperidad, tampoco es cierto que si no ocupa un alto cargo gerencial es un fracasado, o si no hizo bastante plata, pues le faltan aspiraciones. Las leyendas laborales también existen, y por supuesto que hacen mella en uno.

Si el tema del trabajo se le está volviendo un pasticho existencial, una duda permanente o un gran peso en la espalda, no le vamos a caer a mentiras: no está solo, y eso no es consuelo, en absoluto. ¿De dónde viene esa sensación que provoca un mohín cada mañana, cuando toca meterle el pecho a la realidad que los asalariados compartimos?

¿Cuántos más irán al lado de uno sintiendo esa obligación mediada por la vieja conseja aquella de “hay que ganarse la vida”? ¿Cuántos más descubrieron que andar en la lucha por el sueldo o por la locha, como dice la vieja guardia, puede ser más bien una batalla campal?

Esa sensación desvela una de las circunstancias que menos se aborda dentro del mundo laboral: las relaciones de trabajo son profundamente personales. Estar en un puesto, sea por obligación o por elección, está estrechamente vinculado con nuestras necesidades o deseos. Detrás de cada trabajador hay un mundo de aspiraciones, de exigencias y de problemas; también, de decisiones tomadas: con su tiempo, con su familia, con sus expectativas. Ya sea por amor al arte, por inspiración, por apostolado o por estricta necesidad, los trabajadores somos, finalmente, humanos. Así que sentirse inconforme también es un escenario, más común de lo que se cree.

Si llegó hasta este punto y espera la receta para sacudirse ese pesar y hastío por su situación laboral, nuevamente advertimos que no le vamos a mentir: no la tenemos, y dudamos que se pueda conseguir, al menos mientras vivimos este mundo de emociones y de particular construcción de símbolos, donde el éxito o la capacidad no se registra en un currículo de vida sino en las redes sociales. Imagínese sentirse harto o descontento y tener que fingir que se la está pasando de lo lindo con historias en Instagram y videos en Tik Tok... Como que no pega mucho.

Quizás, el tedio no sea más que ansiedad por las transformaciones, los nuevos desafíos y las nuevas posibilidades que plantea el mundo del empleo en general. Pero también, puede ser la urgente necesidad de romper con un esquema de relaciones que, amén de las demandas salariales, la lucha contra la injusticia y la procura de la protección social, normaliza que nos deshumanicen... Cambiar ese esquema debería ser nuestro verdadero trabajo. Al menos, vamos a intentarlo.

Espantos cotidianos

En los caseríos regados entre Barquisimeto y Carora, donde el calor y los cujies van marcando el camino, también tienen su Llorona, su Sayona, su jinete sin cabeza y brujas rompetechos. También tienen su máxima: en noviembre, hay que guardarse temprano y no abrir las ventanas porque las ánimas andan de ronda, o eso dice mi abuela, que siempre recomienda respetar a esos espíritus. Sabía como es, le tomo la palabra con otro tipo de espantos: esos que conseguimos en vecindarios, reuniones familiares, estaciones de metro y redes sociales.

Esta lista de espantos incluye a personajes típicos como el espectro del pescado frito, que se apodera de algún vecino o compañero de trabajo para darnos clases de algo sobre lo que supuestamente no sabemos nada, aunque esté demostrado lo contrario. Siempre sabe más que carite recién salido del sartén: tiene un cuento, un dato, una precisión para hacernos sentir que, bueno, somos el colmo de la ignorancia y la inexperiencia, sin importar frente a quién nos avergüencen. Solo queda poner cara de despistados, porque si nos atrevemos a persignarnos... recibiremos siete clases de catecismo gratis.

Si nos salvamos de este espectro, es muy probable que el destino

nos tenga preparado un encuentro con los espíritus de lo inoportuno: nos hacen cerrar la puerta de la casa con las llaves dentro, dejar caer el teléfono en una alcantarilla u olvidar la lonchera del almuerzo en el autobús. Esas cosas no son producto de un despiste o de la ley de Murphy, son acciones de entes demoníacos.

Los espantos también han evolucionado y tienen su espacio en el mundo digital, con los duendes de las redes sociales. Su objetivo es hacernos pasar un mal rato a partir de nuestras propias publicaciones. Un error ortográfico, una foto, una opinión: no importa el motivo, siempre habrá oportunidad para hacernos quedar mal y que otros usuarios nos acusen de insensibles, incoherentes e inhumanos. Algún pacto tienen con el diablo de los algoritmos para propagar su maldad.

Esos duendecitos encuentran en las plataformas de mensajería instantánea otro lugar para provocar escalofríos. Nos ponen a enviar el mensaje sobre el vecino abusador justamente a la esposa del susodicho, a hablar mal del jefe en el grupo de trabajo o a enviar fotos privadas en los grupos de representantes del colegio. Las consecuencias suelen ser más aterradoras que conseguirse a la Llorona en el comedor hablando por videollamada con el jinete sin cabeza.

No podemos olvidar al ánima de los retrasos del metro, que se alimenta de nuestro pánico cuando tenemos una hora de viaje y aún no llegamos a nuestro destino, y el espíritu del dólar roto, mandado del más allá para expiar en vida nuestros pecados. Por suerte, mi abuela en sus parajes larenses no padece como nosotros con estos espíritus cotidianos.

Guardias navideñas o una experiencia de supervivencia

El temor de unos cuantos jefes revive cada diciembre. Si trabajan en centros de salud, servicios públicos, cuerpos de seguridad o medios de comunicación, no tienen escapatoria: deben programar guardias para Navidad y Año Nuevo. No importa si las remunera, si da almuerzo navideño o si hace un sorteo ante notario público: poner de acuerdo a seres humanos para trabajar en fechas que invitan a cualquier cosa menos a pasarse por la oficina, siempre será aventura extrema.

Es un ciclo agónico: primero, construir los grupos y horarios de guardia. No importa el método: se terminarán cruzando itinerarios, eventos familiares y pasajes. Cuando por fin se logra organizar a los equipos y publicar las guardias, viene la segunda parte, que es casi siempre un nuevo cruce de historias que le llevarán a hacer nuevos ajustes. No lo dude, siempre habrá el riesgo de conseguir alguien descontento sin importar cómo termine todo.

Superado ese amargo momento, toca ahora hacer las guardias llevaderas y amenas. En ese esfuerzo siempre colabora algún compañero que lleva la Navidad hasta en los tuétanos. Organiza minicomilonas, pone gaitas en los momentos de solaz y echa cuentos para hacer olvidar que, en lugar de estar echado en casa viendo cualquier maratón de películas propio de

estos días, está trabajando. Siempre será mejor contar con alguien así. ¿Puede convertir la guardia en un amanecer gaitero? Es posible, pero mejor capitalice el momento.

Eso le servirá para atenuar el impacto del siguiente paso que le tocará dar: organizar una agenda de trabajo para esos días. Bueno, no siempre se podrá ser el chévere de la partida, especialmente cuando tendrá que enseñar resultados de unos días tan poco ganados para la actividad productiva. Los periodistas, por ejemplo, saben de qué les hablo: el periódico o el noticiero del día siguiente necesita notas. El día podrá estar flojo, delicioso para dormir, pero usted tiene que ponerse productivo. Si no adelantó trabajo los días previos, le llegó el momento de activarse.

Guardias, estímulo del personal y mantener una agenda de trabajo: son unas cuantas responsabilidades para llegar a buen puerto. Pero eso no basta, también hay que poner de nuestra parte para salir de casa un 25 de diciembre o un 1 de enero. Toca animarse, aunque la familia duerma a pierna suelta o se deje atrás la súper fiesta que comenzó el día anterior. Debemos andar con marcha firme, aunque el vecino nos grite desde la ventana: “¿Te botaron de tu casa que sales a esta hora?”. Si no ve atractivo andar por la calle en semejante circunstancia, piense que solo una vez al año conseguirá la ciudad tan tranquila y apacible. Puede no funcionar, pero siempre vale hacer el intento.

Trabajar mientras otros se divierten puede no resultar alentador: hasta el tiempo de ocio está normado en esta sociedad, así que es muy difícil que se entienda a quien está ocupado mientras otros están libres. Toca acostumbrar a la familia y a los amigos, aunque puede ser un trabajo agotador. Como sobreviviente de guardias decembrinas, solo puedo decirle que siempre hay tiempo para compartir con quien se quiere. Y si me lee este sábado, cuando muchos descansan, recuerde que al final se sobrevive. Adelante, que se puede.

La vida a medio rostro

Protege las vías respiratorias a costa de una relación incómoda con nuestras orejas. En casi dos años, nada ha cambiado con esa prenda, salvo que ahora muchos preferimos llevarla doble: es mejor que sobre tela, por aquello de sentirnos seguros. Cada vez que toca ponérsela, hay dos preguntas que suelen asaltarnos: hasta cuándo usaremos tapabocas y cómo será nuestra vida cuando dejemos de cargarlo. Aunque lo odiamos, de algún modo nos acostumbramos y lidiamos con su abrupta manera de afectar nuestra imagen colectiva e individual.

En esta pandemia aprendimos a ver las caras de otra forma. Nos enfrentamos a una expresividad a media marcha: quedó recontrainfirmado aquel lugar común que define a los ojos como el espejo del alma. Se sonríe, se demuestra sorpresa y se deja explotar el enojo solo con la mirada. Pero, en ciertas ocasiones, hace falta ver el rostro completo para poder intuir cómo se siente el otro. Debajo de una mascarilla puede quedar oculta la mitad de una estruendosa euforia o un irrefrenable dolor. En cambio, si sufre tratando de ocultar sus gestos de hastío o de desdén, ha encontrado en las mascarillas grandes aliados.

Cuando echamos en falta la expresividad, abrimos las puertas a la

creatividad. Basta un día en la calle para ver todas las posibilidades que se abrieron con la pandemia: colores, figuras, bordados y encajes se unen para darle un toque divertido a ese trozo de tela que se hizo parte de nuestra nueva normalidad, este tiempo disruptivo que juega con nuestra expectativa y nuestro concepto de futuro.

A la forma, sin embargo, se suma la (in)comodidad. Algunos lo resuelven creyendo en su buena estrella: nariz afuera, papadas cubiertas, tapabocas abajo para responder en cualquier taquilla o dar una carrera. También están aquellos que desdeñan los códigos de bioseguridad, al ir cara libre por la calle, retándose a eso de “vivir con el virus” porque, total, alguien dijo por ahí que esto nos dará a todos. Otros, en cambio, prefieren cubrirse tanto como puedan, a costa incluso de su molestia, con la aspiración de llegar ilesos o lo menos golpeados posible al fin de todo esto.

Quizás, nuestras angustias no solo se reducen a sentirnos sanos. Ha cambiado por completo la relación con nuestro cuerpo, se modificaron los códigos que construimos en torno a este para identificarnos. Así como nos costó distinguir al otro con tapabocas, mañana será complejo reencontrarnos con la cara de quien tenemos al lado. Será recorrer una compleja geografía donde la emoción humana nos abrumará mientras nos acostumbremos a ella de nuevo.

Algún día, si ómicron no decide torcernos aún más el destino, todo esto pasará. ¿Cómo será reencontrarnos con nuestra gestualidad libre? ¿Qué hará aquel que ama murmurar cuando algo le agobia? ¿Cómo sobrevivir ante un rostro desnudo y libre de nuevo para expresar todo lo que le provoque? ¿Existirá el pudor de la mirada o el decoro en la sonrisa? ¿Cómo aplacar los gestos en una molesta reunión de trabajo? ¿Qué provocará volver a ver la expresión enamorada sin obstáculos?

Mientras lo sabemos, seguimos la vida a medio rostro.

Las tribulaciones de reinventarse

Parece moda, pero es más bien la punta del iceberg. La reinención es una de las palabras más sonadas de estos tiempos. Casi dos años en pandemia, con tantos procesos políticos, sociales y económicos en plena ebullición, tienen como consecuencia casi lógica la urgencia de cambiar, hacer las cosas diferentes y abrir nuevos horizontes. Hasta ahí, podemos entender. Pero el siguiente paso, el de reinventarse... ¡carajo!, eso sí que es difícil.

Acá no pretendemos dar consejos para salir victoriosos, “bendecidos” y afortunados de semejante tarea. Esto es más bien un mensaje para saber si somos más aquellos que, frente al llamado al cambio, no sabemos cómo empezar. Nos disculpamos de antemano por no ofrecer esperanza sino tribulación ante un proceso que, en muchos casos, es más una demanda externa para responder ante un mundo que aún no sabemos hacia dónde se dirige.

Quizás, el primer desafío es asumir que no necesariamente estamos educados para la transformación, condición que puede ponernos en un punto muerto en cualquier momento. Pensemos, por ejemplo, en

aquellos oficios que debido a los avances tecnológicos o los cambios económicos se convierten en asuntos del pasado. ¿Qué hacer con un capital de conocimiento que ya no es útil o, por lo menos, valorado? El asunto, al final del día, no es solo mera vocación ni esfuerzo continuo.

La otra tribulación está en nuestro irrefrenable deseo de estabilidad. Se puede ser muy aventurero, pero es innegable la tranquilidad que da saber que las cosas estarán tranquilas en el mismo punto por un rato. En algunos casos, es necesario ser arrojados por esa sensación; en otros, permanecer allí es consecuencia de una placentera comodidad que llaman zona de confort.

A la incompreensión del cambio y el anhelo de estabilidad se suma un tercer elemento: los cambios casi siempre son procesos indetenibles y en muchas ocasiones imperceptibles. Podemos permanecer por muchísimo tiempo dentro de una estructura aparentemente estática, pero dentro de ella pasan tantas cosas que percibimos como asuntos naturales y son realmente pequeñas transformaciones. Sumadas, pueden llegar a ser un tsunami.

Muchos somos los que dudamos al momento de dejarnos arrastrar por esa corriente, especialmente porque no entendemos hasta dónde puede llegar esa noción de la reinención, que toca nuestra autopercepción como trabajadores, la valoración de nuestras habilidades, nuestra estabilidad económica y nuestra percepción del porvenir. ¿Hasta dónde asumirlo como una renuncia? ¿Dónde comienza realmente a vislumbrarse como oportunidad? ¿Cómo aceptar que aquellas herramientas y conocimientos que hicimos parte de nosotros ya no nos sirven o, con suerte, deben cambiarse?

La pregunta vale en cualquier ámbito, pero especialmente en nuestro país, que ha soportado situaciones inimaginables derivadas de un bloqueo combinado con una pandemia. Muchos dejaron un rato sus

ocupaciones usuales para desarrollar ese pasatiempo que hoy les da de comer. Otros siguen en lo suyo, pero también se pasean por otras actividades, y unos cuantos permanecemos haciendo lo mismo, por aquello de andar por camino seguro a falta de un destino alternativo claro. ¿Cómo definir esa nueva senda? ¿Por dónde comienza el nuevo recorrido? ¿Esto será una pausa o un cambio definitivo? Nada está claro por ahora.

La peligrosa ternura viral

*Sabían, ahora, que hay una cosa que se desea siempre
y se obtiene a veces: la ternura humana.*

Albert Camus

Si el amor y el odio son los extremos que toca el péndulo de la historia, la ternura es el resquicio de la nobleza de cualquier humano, hasta del más amargado. Y en estos tiempos de transformación digital, también es el motor para la generación de contenidos en redes sociales condenados irremediabilmente a ser virales, no necesariamente para nobles causas.

Escribo esto luego de quedarme embobada viendo un hilo en Twitter con 14 videos (se fajaron, de verdad) sobre perros que triunfaron en una cancha de fútbol. Estos canes se llevaron la gloria por quedarse con la pelota, jugar con el zapato de algún jugador en pleno partido, cerrarle el paso a una nube de futbolistas que perseguían un gol o, simplemente, ganarse cinco minutos de atención.

Tanta dulzura se llevó más de 8.000 me gusta en casi un día no solo para reivindicar la ternura canina, sino también para recordarme

cómo asistimos a un particular imperio de emociones. Hoy primero conectamos con el sentir y quizás nos quedemos en ese plano. Vaya aprieto, tiene la racionalidad.

No es gratuito ese mecanismo psicológico: no hay mensaje sin intención. La diferencia, quizás, esté en la dura competencia que significa hoy posicionar contenidos. Parece que no hay espacio para lo sutil y cerebral. Hay que apuntar directamente a la fibra, a la conexión emocional.

Si bien esta táctica no es nueva ni es exclusiva del mundo digital, muy pocas veces habíamos visto ese esfuerzo sostenido por jugar con lo tierno: mascotas, bebés, adultos mayores volviendo a ser críos, madres, enamorados en su punto de máximo cariño pueden tener sus cinco minutos de gloria en redes sociales. Y si junta un bebé con un gatico, o a un abuelo con un perrito, olvídelo: el algoritmo se derrite de goce.

Eso solo se quedaría en gestos de embeleso si no fuera porque a veces esa ternura también nos conecta con la manipulación o con el dolor. Y uno de los ejemplos dignos de ese mecanismo lo vemos en la narrativa sobre el conflicto entre Rusia y Ucrania. Como si la humanidad no entendiera la magnitud de esa coyuntura, que podría ser peor, nos llegan imágenes de gente huyendo con sus perros, niños recién nacidos y otros gestos que podrían ser dulces si no se supieran las pugnas de poder que las originan. No lo duden: son imágenes virales.

Sí, sabemos que son víctimas: los más débiles siempre lo son, como también sabemos que en su nombre se erige falazmente una gran industria armamentista. Según lo que logra deducirse de los grandes medios, esa industria no mata, es inocua. Nadie habla de los daños que ocasiona, porque se supone que los estragos vienen de un solo lado. Y esa única “verdad” también es viral.

En esa manipulación, para colmo, no hay disimulo. Y si no, que

lo cuentan medios como RT, silenciada en Occidente a costa de una posición nada dulce que busca estigmatizar al pueblo ruso. Porque el asunto acá, digamos, no es buscar buenos y malos, sino tratar de entender aquel conflicto lejano que puede tener consecuencias telúricas si no se logra la paz estable y duradera. Tristemente, parece que pensar y comprender esto no da *likes*.

Es increíble que hoy la manipulación pueda ser tan obvia, que la persuasión se desnude tan ácidamente, y que se nos domine más por las emociones que por el desconocimiento. Diría el Che que algunos endurecieron sus posiciones para perder sin pena la ternura.

¿Transformación laboral?, aún está por verse

*No solo estamos perdiendo el home office, sino que además
estamos cayendo en el office+home office.*

Un trino de @DanHdezSa

El algoritmo de Twitter me ha atravesado todos estos días un tema que parece asumido, pero no termina de ser claro: el teletrabajo y los demás cambios laborales que trajo la pandemia. Encuestas, hilos sobre conflictos con el llamado “home office” y desahogos existenciales se cruzan para alertar que el mundo del trabajo está tan revuelto que aquello que parecía un cambio irreversible o toda una revelación, al final, corre el riesgo de ser un espejismo disipado por el regreso a la “realidad”.

En ese candelero tuitero conseguí dos notas que merecen, al menos, un comentario. La primera era una reseña de un estudio que ponía a escoger al trabajador entre dos opciones: volver a la oficina con un aumento salarial de 30.000 dólares o seguir laborando desde casa, sin

percibir ese incremento. El 64% de los 3.000 trabajadores consultados prefería quedarse teletrabajando.

El detalle es que ellos pertenecen a empresas como Apple, Meta, Google o JPMorgan, con condiciones salariales y laborales muy diferentes a las que tenemos la gran parte de los mortales. Quizás, para ellos, cuánto ganar no sea el factor determinante y privilegian el disfrute de las posibilidades a su alcance. Media, por supuesto, una elevada alfabetización tecnológica, natural para su entorno.

Otro estudio, hecho por una empresa dedicada a contratar profesionales para trabajar de forma remota, destaca todas las bondades de quedarse en casa dándole con todo al teclado: de 700 trabajadores, el 59% obtuvo aumento de sueldo luego de cambiarse a esta modalidad y el 64% incrementó sus ahorros, porque gasta menos dinero en transporte y alimentos.

Por supuesto, el lado malévolo de esta historia debía salir por alguna parte, y un tuit que advertía cómo algunos sitios de trabajo van directo a una mezcla de trabajo presencial y teletrabajo en *loop*, para salir de la oficina y seguir la brega en casa, sacó el rostro menos amable de trabajar desde el hogar: extenuantes reuniones por videollamada, la obligación de avisar cuándo se va al baño, el deber de agradecer no tener que ir todos los días a la oficina y la sensación de estar laborando todo el tiempo.

Entre el mar de reacciones y microdiscusiones que despertó el tuit, apareció colado esto: “...en dos años no entendiste la revolución laboral que se dio y quieres regresar al pasado”. Si esto fue una revolución, entonces, ¿qué la empuja realmente?, ¿para qué ha servido? Saber que no somos los mismos, que podemos hacer las cosas diferentes, ¿en qué ayuda?, ¿por qué no entendimos, para bien, que otras formas de trabajar son posibles?

Con estos ejemplos, se nos asoma un tema que a ratos parece quedar dormido: el teletrabajo también es una cuestión de recursos, un territorio en disputa y un forcejeo entre patronos y trabajadores. Se revela nuestra visión del salario no solo como un pago por un servicio, sino también como ganancia en la calidad de vida. Al final, es otro campo de choque de fuerzas para reconocer el valor social de quienes son la fuerza de la economía. Aunque no somos los mismos, ¿seremos capaces de impulsar una auténtica transformación del mundo laboral? Eso aún está por verse.

La “revolución” del contenido

En el mundo digital, es muy fácil pensar que el *marketing* le sacó siete cuerpos de ventaja a otras prácticas comunicativas. En los medios tradicionales los límites parecían estar claros (o se disimulaban al menos), pero en las redes sociales tenemos un bombardeo incesante de mensajes tan disímiles y, al mismo tiempo, tan competitivos que eso que parece una historia cotidiana en realidad es publicidad, o esa aparente anécdota es piquete político puro. A todo eso, no obstante, le hemos puesto una etiqueta muy simple: contenido.

Ese concepto parece abarcarlo todo: desde la descripción de un empaque de alimentos hasta ese enjambre de mensajes diarios que, en muchos casos, nos desconectan de la realidad. Sí, son contenidos, es indiscutible. Sí, porque al final los mensajes son eso, una idea que está dentro un soporte comunicativo.

Pero también, contenido es aquello que pretendemos aguantar para hacerlo pasar por otra cosa. Así como podemos hablar del llanto o la risa contenida, esta nueva fase de la comunicación nos está poniendo en una situación similar: el chiste que es propaganda, la amabilidad que significa “compra mis productos” o “vota por mí, que soy chévere” y esa imagen cándida que finalmente persuade.

Como escribía al principio, en medio de este revolcón parece que el mercadeo entendió el nuevo sentido que cobran los mensajes y enfiló sus baterías para ponerlo a su favor con el *marketing* de contenidos. Es el trabajo que le toca, y quienes hemos pasado por ahí sabemos cuál es su objetivo: es inmensa la masa de empresas que quieren ofrecer “mensajes con valor” en sus redes para posicionarse como marcas. El problema no está ahí, está en la peligrosa estandarización que supone asumir lo que implica la resignificación que le hemos dado a este escenario en otros contextos.

Un mensaje tiene un sentido, responde a una identidad, persigue un propósito, tiene una utilidad (o eso se supone). Así que hablar de contenido a secas, sin adjetivos o apellidos, aunque resulte odioso, encubre peligrosamente un aplanamiento de la identidad. Ya no hay humoristas, especialistas médicos, expertos en deportes. No: todos son creadores de contenidos, olvidando que sus objetivos y actividades son lo bastante diferentes como para construir una identidad propia.

Es una de las paradojas de estos tiempos: cuando más personal se está volviendo la comunicación, con esa idea de poder diseminado para todos, más se aplanan la diversidad y la identidad. ¿Puede ser democrático asumir que todos estamos haciendo lo mismo? No está claro. ¿Estamos asistiendo a la muerte de las profesiones y los oficios tradicionalmente vinculados a la comunicación pública? Tampoco lo sabemos, pero sí tenemos claro que mantenerse dentro un mundo donde se borran las fronteras es, por lo menos, profundamente retador.

¿Fórmulas para afrontar esto? Evidentemente, no las hay. Pero, sin duda, la primera apuesta es defender la identidad en el acto de comunicar, luchar contra ese aplanamiento peligroso que nos hace olvidar que no hay mensaje sin sentido ni intención. Que no se pierda la agudeza en medio de la “revolución” del contenido.

Maternidad y decisión

Cuando una está entre las mujeres que deciden no tener hijos, sabe que se está comprando el boleto para el “juicio final” en reuniones familiares y afines: en pleno siglo XXI, muchas veces se piensan las cosas como hace 300 años. Aún queda mucho por derrumbar porque, aunque no tenemos la experiencia biológica de procrear, quienes decidimos asumir ese camino tenemos una conciencia distinta de la maternidad.

Nos interesa, nos preocupa y también queremos hablar de ese tema, de ese reto tan jodido que significa impulsar una vida que andará por cuenta propia. Nos interesa porque, en primer lugar, conversar sobre maternidad es tener conciencia de la relación con nuestros padres. ¿Alguna vez se han preguntado cuántos de sus miedos, deseos y decisiones están marcados por ese vínculo? Darse cuenta de eso es un viaje interno muy jodido y descalabrante: serán más las veces en las que se prefiera parar. En muchas oportunidades, nos veremos tentados a juzgarlos por legarnos ese peso y a no comprender que ellos también son producto de sus circunstancias.

Hablar de matenar, también, es un camino para tratar de entender lo humano. A casi nadie le gusta escuchar a una madre quejándose porque se cansa, pues se supone que eso no debe pasarle. Tampoco, se entiende aún que ella quiera seguir teniendo metas y deseos porque, supuestamente,

su vida ya no es suya (una visión aberrante, por cierto). Se olvida que es una humana: se enferma, se enoja, siente, duda, pero culturalmente de eso no se habla con la apertura que corresponde.

Nuevas generaciones procuran plantear una visión más real de su rol como mamás, un paso vital para visibilizar y crear redes de apoyo. Pero queda mucho más por discutir: aunque en muchos países está establecido el derecho a un reposo postparto o una licencia por lactancia materna, siguen vivas profundas deudas sociales como la superación de la pobreza, la educación, el acceso al trabajo, la equidad de género y el respeto a las decisiones frente al hecho de ser madre. Esto último, probablemente, sea uno de los asuntos más urgentes.

A nosotras, las mujeres, muchas veces se nos rechaza por nuestro atrevimiento a decidir, y es ahí donde las madres y aquellas que no lo somos nos encontramos. Las primeras enfrentan en algún punto la imposición y el cuestionamiento a sus decisiones, sin considerar su historia, cómo formaron su hogar y qué quieren realmente para sus hijos. Las segundas nos topamos con el estigma que nos augura tristeza y soledad para nuestras vidas, pues nos considera desnaturalizadas por no traer un niño al mundo sin considerar que, con nuestras acciones, también podemos ayudar a crianzas respetuosas o responsables apoyando a la compañera de trabajo, a la vecina, a la amiga, a la hermana. En fin, intentar contribuir a un mundo un poco más amable.

Creo que nuestra mayor conquista será siempre poder decidir con total libertad lo que deseamos, sin prejuicios ni limitaciones. Y, aunque no lo crean, estaríamos ayudando a una maternidad más justa: mujeres con más herramientas para manejar la relación con sus hijos, los padres de ellos y el resto de su entorno. Sin presiones ni exigencias que, al final, solo perpetúan etiquetas y desigualdades en niños y niñas. Lograrlo no será rápido, pero sí resultará justo.

¿Personas menstruantes?: coletazos, una discusión que apenas comienza

Una sabe que la menstruación es un “temazo” biológico, una relación amor-odio con el cuerpo, pero nunca llega a imaginar realmente cuán hilarante puede resultar hablar de este proceso hasta que una *fake news* pone el tema en el ojo del huracán. Proveniente de Chile, la mentira sobre la sustitución de “mujeres” por “personas menstruantes” en un proyecto de ley destacó un contrapunteo de género, con nuevas expresiones como “personas eyaculantes” (algunas, muy precoces), y también recordó que muchos tabúes gozan de tan buena salud que lucen inmortales a un cruce de covid-19 con viruela del mono.

La discusión desató un tsunami semántico que, como muchas cosas en la vida, opaca lo importante. Hablar de menstruación hoy sigue siendo un tema que nos guardamos para ciertas amigas, familiares, consultas médicas y, según la suerte de nuestra ovulación, algunas parejas. Sigue siendo un asunto vergonzoso en ciertas circunstancias: ¿cuántos jefes y jefas entenderían hoy que alguien no puede ir a trabajar porque menstruar simplemente causa dolor? ¿Cómo explica una que está al 50% de su capacidad?

A lo sumo, este proceso llega a entenderse como un estado de ánimo, una explicación estigmatizante para el mal humor. Si usted no ha escu-

chado por ahí, a gañote limpio y fuerte, una frase como “¡estás reglúa!” o “¿qué te pasa?, ¿tienes la regla?” ha tenido suerte. Si lo ha dicho, no se sienta mal, tampoco se regodee: esas expresiones pueden salir igual de la boca de un hombre como de los labios de una mujer. Así que no es un asunto exclusivo de género.

Resulta curiosa la percepción de un proceso biológico que, en términos cotidianos, es más que eso. En unos casos, puede ser un signo de buena salud; en otras, puede revelar una enfermedad. Puede ser un lamento o un agradecimiento a la vida, que puede sonar a “¡me vino!” o “tengo un retraso”, según la circunstancia. Puede ser un signo del paso de los años y, también, el factor decisivo para la procreación... Pero muchos prefieren quedarse con el tabú.

Como si no fuera suficiente, a ese panorama se suma el descubrimiento semántico: el término “personas menstruantes” no es nuevo. Es una apuesta para incluir a personas transgénero y poner un grano de arena más en la lucha contra el lenguaje sexista. Pero, como era de esperarse, una cosa es el propósito y otra cómo termina entendiéndose en ciertos sectores, especialmente frente a un potente muro cultural donde la regla es un asunto femenino.

Esa visión se ha reafirmado desde el mercadeo, la educación y la mediática. En la década de 1990, en nuestro país se hizo famosa una marca de toallas sanitaria con eslóganes como “totalmente mujer” o “los días en que te sientes más mujer”. Aunque 30 años han pasado, el mensaje sigue siendo el mismo, con otros colores, modelos y discursos.

El choque, así sea colmado de bromas, era inevitable, especialmente cuando hablamos de identidad de género y construcción de inclusión. Nunca se estará lo suficientemente preparado o preparada para llevar en paz semejante disputa simbólica y eso es otro problema, porque el debate apenas comienza.

La villanía mediática

No sé a quién se le ocurrió decir que Facebook era como la vieja novela de las 9:00 de la noche. En todo caso, se queda un tanto corto: en las redes sociales hay suficiente drama sin *casting* ni guiones. A hechos reales les ponemos la pimienta necesaria para apostar a la villanía sin libreto evidente y al reforzamiento de patrones nocivos que gozan de muy buena salud. En medio de ese camino, las mujeres nos llevamos la peor parte: todos los caminos solo afianzan las etiquetas.

La mediática la puso bombita con el juicio por la demanda de Johnny Depp a Amber Heard. Por semanas, en las redes se escribieron historias, lecturas y libres interpretaciones de una situación trabajada para multiplicar los tuits sobre el bien y el mal. Pero el asunto, en muchos grupos, se redujo a una pugna de género que, si bien no es nueva, parece ponernos a nosotras bajo examen por enésima vez.

Para muchos, la gran conclusión es que no siempre el hombre es el malo y la mujer, la débil e inocente. Una idea facilista y muy peligrosa, por ser una generalización innecesaria que reduce la equidad de género y el combate a la violencia en la pareja a un simple asunto: saber quién golpeó primero.

Es absurdo pensar que semejante situación es la vía para neutralizar las

voces contra la violencia hacia la mujer o, peor todavía, para asumir que podemos abrir frentes específicos para invalidar el feminismo, para asumirlo como un movimiento que vende humo o exagera lo que denuncia.

Pero si esas ideas están gravitando por ahí, y en las redes sociales consiguen cancha para crecer con gusto, no es porque ahora en esas plataformas todo es una exageradera (que muchas veces lo es, ya sabemos cómo funciona). En realidad, son las viejas ideas que nos impiden discutir con apertura las relaciones familiares, los vínculos de pareja y la violencia de género, gracias al paradigma “alguien debe tener la razón / alguien debe ser el culpable”, que invisibiliza las dimensiones de estos problemas. Condenar primero, discutir después o nunca.

A estas alturas, sabemos cuánto de espectáculo hay en este tipo de circunstancias cuando involucran a personas conocidas. Y eso no es sorpresa. Lo preocupante es cuánto decimos sobre nosotros mismos al opinar sobre estos eventos que, junto a dolorosas situaciones reales que llegan a despertar la atención de los medios de comunicación, son las únicas oportunidades en las que hablamos sobre género y equidad en el ámbito público. Que esos sean los momentos “oportunos” es, cuanto menos, una amarga realidad.

Es amarga porque, a pesar de los esfuerzos, en muchos espacios sigue sin entenderse el verdadero problema, se siguen atizando diferencias que afianzan los prejuicios. Que ahora naveguemos entre millones de mensajes en nada es garantía de llegar a una real comprensión de problemas históricos. Todo lo contrario, se vuelven más difusos, contados muchas veces desde una óptica telenovelizada y fragmentada, que ahora parece tomar un caso particular para imponer una nueva “verdad” a partir de la existencia del malo de la historia.

Lo único claro hasta ahora es que, en tiempos digitales, ciertos temas se despachan desde la villanía mediática.

Vivencias amorosas de un mundo hiperconectado

Ahora, el amor se mide en “me gusta”. Dicen que a Shakira le está sirviendo para superar la infidelidad, pero antes que ella muchos otros ya hablaban el lenguaje amoroso de las redes sociales, con códigos tan particulares que a ratos pareciera que el contacto cercano, el necesario para ir a la pasión, queda relegado a una experiencia individualísima. Eso sí, el drama y la intensidad siguen intactos.

Imaginar unas plataformas donde puedes “conocer” al otro, sospechar con quién anda, con quién estuvo y qué puede gustarle. Juntar todo eso con el deseo intenso de saber tanto como se puede de aquel o aquella que nos interesa... Era imposible que las relaciones amorosas-pasionales-sentimentales no mutaran a nuevas forma de vivirlas, aunque los roles no cambien.

Ahora, tiene más cancha para vivir su amor platónico quien nunca ha dado el primer paso para ir más allá de la admiración silenciosa. Si los algoritmos contarán las horas que podríamos pasar viendo fotos, videos, infiriendo afectos a partir de *selfies* ajenas, construyendo redes de relaciones con una lista de seguidores, solo confirmaríamos que teníamos tiempo de sobra para muchas otras cosas.

A quienes no les preocupa el tiempo que invierten o pierden (eso lo dirá el fin de cada historia), el mundo digital ofrece muchas alternativas para *stalkear*, porque así se llama su afición, pensando que nadie los pillará. Hay cátedras enteras para vivir a placer la contemplación del ser amado, con menores riesgos de tropezarse con una mirada delatora y quedar al descubierto.

Los indecisos, por suerte, no están solos en las lides amorosas digitales: los atrevidos y decididos van en contravía, teléfono inteligente en mano y dispuestos a comerse la pista. Aunque Tinder parece su espacio ideal, desde hace mucho tiempo ya iban a seducir por redes sociales de corte más familiar, servicios de mensajería y otras formas de contacto virtual. Acá hay espacio para aquel que actúa con buena fe y para quien quiere embaucar al estilo de Simón Leviev.

Aún con sus riesgos, las redes sociales se están convirtiendo en espacio común para pulsar el interés de una persona por otra. Entre los más jóvenes no es menuda cosa ver quién le sigue, le comenta y le da *like* a sus publicaciones, por ser una nueva forma de expresar interés con un lenguaje bastante estandarizado y, al mismo tiempo, muy potente. Si lo duda, haga una búsqueda en línea y se conseguirá con términos como “Un *like* es infidelidad” y “¿Qué hacer cuando tu novio le da ‘me encanta’ a otra?”. Como leen, estamos en un mundo hiperconectado, pero los celos siguen siendo un asunto que solo les toca a “ellas”.

¿Cómo puede un clic tener la misma fuerza que una infidelidad consumada en lo real? ¿Cómo la virtualidad puede sustituir la fuerza del contacto, del acercamiento, de ese lenguaje físico que nos dice si vale la pena seguirnos aproximando a ese ser que nos interesa? Aún nos falta por ver (Metaverso, sorpréndenos a ver qué tal). Por ahora, nos quedan las certezas de los amores que se viven en la proximidad real, fuera del mundo hiperconectado.

Cuenta hasta 40... y sigue

*...los sentimientos saben que pueden existir hasta los 39,
en consecuencia, de los 40 en adelante ya solo estamos hablando
de zombis.*

Un trino con humor de @ronalcas

Decir: “tengo 40” es un acto de magia. Lo era siglos antes, cuando llegar a los 35 era una victoria sobre la naturaleza. Lo sigue siendo hoy, cuando uno entra en una extraña clasificación generacional con rangos disímiles: puedes ser carajito aún, o estar ya en el corazón de la decrepitud. Eso dependerá de quién lo diga y cuán cerca está de llegar a esa década, amada-odiada por nuestra sociedad.

Vamos a admitirlo: muchos le damos vida a esa rarísima escala que se ensaña con los cuarentones, y hemos visto mutar nuestra propia percepción conforme pasan los años. En particular, recuerdo mi infancia mirando a los señores y señoras de 40 y tantos. No solo los veía como figuras de autoridad, también los asumía como la casta que usaba “ropa seria”: dormilonas, vestidos largos y zapatillas para

ellas; camisas planchaditas, pantalones con pinzas y zapatos recién pulidos para ellos.

Era una generación, según mi infantil mirada, que únicamente se divertía en bautizos, matrimonios, fiesta de 15 años y afines, dejando a sus hijos dormidos en las sillas del salón de festejos o en alguna cama prestada. Su pasión, según la publicidad, eran las ollas de cocina, los electrodomésticos y las herramientas. Por supuesto, asumí que la adultez sería irremediablemente algo así.

Esa percepción de la adultez sería suele mantenerse entre niños y adolescentes. Pero todo va a cambiar cuando se llega a los 20, gracias a un potente juego de la industria del entretenimiento, la entrada a la adultez y los enredos de la vida: los cuarentones como una población atractiva. José José y hasta la misma de “a mí me gustan mayoreees...” son una muestra de la potencia dada al binomio “hombre de 40-mujer de 20”.

Se trata de una pareja culturalmente muy bien vista, donde él le mostrará a ella cómo es el mundo, aunque muchas veces los resultados sean cuestionables, tanto como las críticas al binomio “hombre de 20-mujer de 40”. En ese caso, los halagos son poquísimos y dependerán de qué tan bien se vea ella. La inhibición ahí parece no llegar tan lejos.

Si con los veinteañeros el asunto puede ser un torbellino, con la gente de 30 años puede ser más suave. A esa edad, uno empieza a mirar a los cuarentones y sabe que falta nada para protagonizar lo que viven ellos. Empieza a sacar cuentas de las cosas pendientes por hacer antes de decir “cumplí 40”: hijos, estudios, trabajo... Se propone cambiar hábitos para llegar con dignidad y se dice: “Bueno, mira a fulano. Los cuarentones también siguen siendo jóvenes”.

Cumplidos los 40, toca decirlo: esa edad no duele, no pica el diente y no pega corriente, como recitan los vendedores ambulantes. Toca,

eso sí, vivir con otro tipo de presiones sociales, como apurarse a tener hijos ya, y con las evidentes costuras de nuestro mundo. Así como Salvador Allende decía que ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica, llegar a los 40 para seguir lidiando con la idea del fin de los tiempos es un contrasentido absoluto. ¿Alargamos nuestra expectativa de vida para qué? ¿De qué sirve llegar a esta edad entonces? Parece que, por arte de magia, también se acaban las respuestas. Si esto te puede agobiar como a mí, pues, cuenta hasta 40 y sigue.

Sobre la ola que nadie ve

*Yo también estoy remontando,
lo que pasa es que estáis un poco a vuestras cosas.*

Un trino de @CoronaVid19

Los que llegamos tarde a las cosas importantes nos hemos prometido hacerlo de forma excepcional. Dar positivo a covid-19 por primera vez, más de dos años después de empezar este “cambio de época” que aún no sabemos para dónde va, o si de verdad esto será una transformación, forma parte de ese despropósito de vida. Pero más allá de la destrucción anímica y física que deja este virus, llegar tarde a su lista de infectados es una experiencia que se mueve entre el *déjà vu* y pequeñas sorpresas que nos demuestran que, cuando nos lo proponemos, los humanos somos alumnos esmeradamente descuidados.

A quienes nos toca esta rifa sanitaria por primera vez nos invade el mismo miedo que permeaba al mundo por allá en 2020, cuando uno salía embojotado a la calle solo por estricta obligación. La diferencia es que el temor es más exclusivo: solo se atemorizan familiares, amigos cercanos y compañeros de trabajo. Es muy raro sentir que ese terror de dar positivo está un tanto fuera de moda, pero mucho más extraño resulta pensar que esa indiferencia responde a la naturalización de un peligro que no se ha ido.

Llegar tarde, además, es enfrentarse a una sociedad absolutamente relajada: menos espacios para recibir tratamiento médico, menos protocolos activos, menos orientación y menos cuidados. También, es el chance para encontrarse con trabajadores de salud sin tapabocas, casi poniendo a prueba la calidad de las vacunas y de los anticuerpos que (esperemos) ya formaron. Eso sin hablar del peloteo que puede sufrirse buscando atención, aunque en los últimos días se alerta sobre el crecimiento de casos.

La relajación, para variar, no anda sola. Con ella se viene dando colita la desorientación y la tentación irrefrenable de automedicarse, tan campante como en marzo de 2020. Como muchos ya pasaron por el mismo camino por el que van los pacientes “novatos”, no faltan las recomendaciones: desde antibióticos hasta dexametasona, bombonas de oxígeno y remdesivir sin razón alguna. “Eso fue lo que curó a fulano”, dicen algunos veteranos en convalecencia covid-19.

No todo es atrevimiento farmacológico. Quienes ya tuvieron la experiencia de lidiar con el virus ayudan a entender que esas ganas de quedarse en la cama para no salir más nunca de ella, la fiebre que ataca de madrugada, la pesadez exagerada del cuerpo, la cabeza a punto de estallar, el estómago flojo y el dolor diabólico de garganta son parte de un proceso del que, si no hay complicaciones, se sobrevive. La experiencia también alivia y hace compañía cuando se dirige bien.

Pescar el virus tarde parece hacer sencilla esta travesía de salud, pero hay temores que nunca cambiarán, aprendizajes que muy rápido se olvidan y percepciones distorsionadas. Por algo la pandemia sigue viva, con nuevas variantes (centauro se llama la más reciente) y levantando el número de casos. Eso en nada parece desviar al mundo en su retorno a supuesta “normalidad”. Así se vive la enfermedad sobre una ola que nadie ve.

El mundo del “yo” *hater*, pero *chévere*

Si sentaran a las redes sociales en un diván, saldrían miles de conjeturas sobre su comportamiento. ¿También llegarían diagnósticos concluyentes? Eso se lo dejamos a los expertos. Como usuarios de esas plataformas, bastante tenemos con esa dualidad que se exige para tener cinco minutos de fama ahí: hay que odiar con fuerza, ser detestado con la misma intensidad, pero sin dejar de ser *chévere*, para ganarse la gracia del algoritmo.

Semejante tobogán existencial no está exento de análisis, estudios de *marketing* y debates académicos para entender (y aprovechar, según el actor involucrado) esas emociones. Por supuesto, sabemos que eso no es nuevo en el mundo de la comunicación: la publicidad, la política y la historia misma de los medios dan cuenta de eso. Pero hoy nos llevan a un escenario tan dual que solo se zanja moviéndonos de extremo a extremo. Uno de los disparadores está en el odio: se consigue a montones, expuesto sin filtros y premiado con el primer lugar en las tendencias. Basta verter una opinión para comenzar a recibir de todo, especialmente con temas tan complejos como la política o la diversidad sexual, aunque asuntos menores no se libran de este huracán. No es fácil prever cómo reacciona cada quien, hasta dónde puede sostener-

se un debate en medio de reacciones que pueden hacerlo infinito o, como suele ocurrir, convertirlo en otra cosa. En esos intercambios hay fronteras tan difusas que se puede pasar del desacuerdo al reclamo, de la diferencia al insulto o de la rabia al *bullying* en minutos. Semejante situación durará tanto como los involucrados, conocidos como *haters*, decidan extender la pugna.

El algoritmo también ayuda: por algo vemos resucitar algunas peleas que creíamos superadas en tendencias. Más gente convocada a la trifulca digital, pues. Ese es otro de los “ganchos” de las redes sociales: el odio puede ser colectivo, aunque ninguno de los participantes de esa cadena de sentimiento siquiera se conozca o logre cruzarse alguna vez. Además, puede ser la inspiración para uno de los recursos gráficos más potentes del presente: el meme, una expresión tan impersonal que conecta con una velocidad inexplicable. Pero hay más: también toca ser talentoso para poner en favor de uno el odio, colocar al “oponente” en una situación vergonzosa. Para algo existe la doctrina del *troll*, que literalmente puede darle en la madre a cualquier adversario y ganarse las simpatías de unos cuantos espectadores virtuales. En dos platos: troleo es ser chévere, otra de las cosas que debemos lograr si queremos, aunque sea, un *like*. Así como se llegaron a admirar los villanos de las telenovelas, asimismo se puede construir una imagen que sublima lo negativo y lo convierte, si se quiere, en heroísmo. No basta con ser *hater*: hay que ser el mejor, el más amado de la cuadra digital para multiplicar las pugnas y hacer a miles partícipes de un mismo sentir. Vaya momento para construirse una reputación.

Ven a mí que tengo infoxicación

Descubrí que debo ir a Zaraza, allá en Guárico, porque tengo el deber moral-culinario de comerme unas arepas ciegas. No lo supe porque me las regalaran, algún amigo llanero me hablara de ese plato o porque estuviera investigando sobre comida venezolana. Fue deseo del algoritmo: me atravesó un video de un par de mujeres preparándolas, así como me atraviesa un montón de información que, al parecer, me anda cazando.

Del mismo modo en que me llegó el dato de las arepitas ciegas, también me bombardean tips para dejar la lavadora limpia y libre de residuos de detergente, desmanchar ropa, alimentarme cuando transite la menopausia, lidiar con las secuelas del covid-19, hacer yoga facial, pedir un diseño de cejas o cómo posar para mostrar un cuerpo que no tengo. Nada de eso lo busqué, llegó a mí sin pedirlo, y no sé cuántos de estos datos recordaré haber visto si alguna vez los necesito.

Pero no todo es información útil: son más los videos, fotos y textos sobre bromas, chistes y eventos incalificables que me encuentro a diario. En menos de una hora, vi a una mujer cayendo de boca en un gimnasio porque no sabía usar una máquina de entrenamiento, a una persona carcajeándose en una tienda de juguetes sexuales (el placer

es una experiencia tan particular que puede ser incomprensible), a ladrones en moto volando por el aire luego de ser arrollados y hasta una composición del yin y el yang con el rostro de Michael Jackson.

Mención aparte merecen los contenidos de humor. Esta es una sociedad que quiere reír, y en eso se le puede ir la vida a unos cuantos *influencers*, bien apoyados por don Algoritmo. Ya comprobé que uno no se salva: basta ver un video para que uno reciba un tsunami de contenidos similares. No importa si es gente famosa o perfectos desconocidos echando al mundo de las redes a sus familiares, como una abuela que remató un canto de *Cumpleaños feliz* diciendo “Y que sea el último año...”. Nadie le advirtió que la broma (porque es una broma, aclaramos antes de que los *haters* enardezcan) llegaría a tanta gente desconocida y que, quizás, no comprenda su humor negro.

Abrumarse con aquello que no pedimos no es el único problema de estos tiempos, también pasa con los asuntos que deseamos conocer. Impresiona hasta el susto cuánto pueden llegar a conocernos en este mundo digital: basta pensar en comprarse algo para que comience a llegar información de ofertas, tiendas virtuales y experiencias de compra. Si pone “perfil 20” en la barra de búsqueda, pues, prepárese para recibir ofertas hasta para extraerse una cordal.

Frente a ese bombardeo, más que nunca, mi dispersión y el tiempo que invierto en el ocio digital parecen salirse de control. Ese es el problema de la avalancha informativa: distrae, desvía, quita tiempo, aunque uno se proponga librarse de esas tentaciones. Así como en el mundo del periodismo hay preocupación por la evasión de las noticias, los usuarios de redes también podemos angustiarnos porque perdemos a diario esta partida de cartas: solo nos queda decir “ven a mí, que tengo infoxicación”.

Evasores de noticias

El fenómeno pone de cabeza al periodismo

Leer, entrar en desespero y pasar a otra cosa. Escuchar y aguantar las ganas de provocar polémica. Ver un video y darle al botón de “pausa”. Escribir un mensaje, reescribirlo y borrarlo... Así se actúa cuando ciertos temas de impacto social se hacen inmanejables e incomprensibles. Están ahí, pero es mucho más tentador mirar a otro lado y fingir magistralmente demencia. La reacción, sin embargo, agarró a más de uno fuera de base: nacieron los evasores de noticias.

El fenómeno pone de cabeza al periodismo, una práctica profesional ideada para satisfacer la necesidad de conocer qué pasa en el entorno, conectarnos, aportar elementos para el diálogo social y darnos herramientas para decidir. Su expresión fundamental es la noticia, cuya noción de novedad es parte de nuestra cotidianidad: quien no haya dicho alguna vez “hey, te tengo noticias”, que lance la primera piedra. Pero si hoy a más personas les interesa cada vez menos saber qué pasa, ¿de dónde viene ese deseo deliberado de ignorar los relatos sobre la realidad?

La discusión, sin embargo, no es tan amplia como se espera –bueno, andamos en una de evitar cosas embarazosas, ¿no?–, pero algunos actores del hecho comunicacional ya generan alertas. Un ejemplo es el Instituto Reuters: en el Digital News Report de este año, un estudio elaborado en doce países de América, Europa y Asia, cuyos resultados fueron divulgados en junio, se indica que 38 % de 93.000 consultados evade noticias, cuando en 2017 ese indicador rondaba el 29 %. Particularmente, destaca Brasil, donde 54 % de los usuarios encuestados evita los contenidos noticiosos.

No es gratuito que una institución financiada por una empresa vinculada a las corporaciones mediáticas, como lo es Thomson Reuters, repare en esa situación, que puede comprometer la naturaleza de su negocio. El mercado de medios atraviesa por una transformación densa, vertiginosa y un tanto impredecible por dos razones: el cuestionamiento a la credibilidad de las organizaciones informativas y el cambio en la relación con las audiencias. Ahora, los usuarios pueden elegir qué quieren saber y también pueden decir: “¡Para!, no me interesa enterarme de eso”. La realidad, en ocasiones, no es tan atractiva como la ficción.

Tampoco son gratuitas las razones para que las personas no quieran saber nada de las noticias. La infoxicación aún vivida en pandemia, la dificultad para manejar la ansiedad provocada por eventos conflictivos y el deseo de evitar discusiones están en la lista para pasar de largo frente a las novedades de este mundo que nos toca vivir.

Podemos agregar otros factores, como la complejidad de adaptar las prácticas periodísticas a un mundo donde la información viaja a la par de chistes, publicidad, retos de Tik Tok, *fake news*, peleas virales y otros contenidos que, por divertidos, impactantes, polémicos y hasta amarillistas, parecen tener más gancho frente a temas de impacto

económico, político y social, que ameritan una mirada en conjunto de lo que ocurre.

Por estos días, cuando la agenda informativa de nuestro país está marcada por el robo de los activos de Venezuela en el exterior y exigencias en el campo salarial, vale preguntarse cómo se habla de estos temas sin desdibujarlos ni desvincularlos, con un enfoque inclusivo, que apunte al consenso y al diálogo público franco, ese que muchas veces imposibilitan las redes sociales. Quizás, no está en el hecho sino en la forma en que se cuenta la razón de ser de los evasores de noticias.

Angustias sin tapabocas

Pedir el retorno de niños y niñas a la escuela, porque les hace falta socializar, mientras otros piensan que es una locura juntar a la muchachera en el colegio; añorar los tiempos de obras teatrales y conciertos a sala llena sin 7+7 mediante o simplemente mirar el tapabocas para preguntarse: ¿Hasta cuándo lo llevaremos puesto? Aunque algunas calles parecen decirnos que ya la pandemia pasó, en el fondo queda flotando esa sensación extraña de tiempos inciertos, de contradicciones y de realidades que aún no sabemos cómo digerir.

Llevamos 17 meses con nuestra propia curva de excesos, arrepentimiento y recogimiento: sabemos que la vida quizás no volverá a ser lo de siempre, pero tampoco tenemos claro cómo adaptarnos al nuevo sentido que está tomando. Cuando parece que finalmente nos acostumbramos a ese ritmo de pandemia, siempre aparece algo en el camino: una nueva variante, un aumento de contagios o nuevas medidas para tratar de llevar con más ligereza esto.

En esa línea de expectativas existen puntos sensibles: el retorno a las aulas. El asunto no es volver a ocupar los pupitres, especialmente en un país que vive la coyuntura derivada del bloqueo que enfrentamos. ¿Cuánto cambió la vida de padres y niños en más de un año, especialmente cuando vemos realidades tan dispares? Unos se fijan en los muchachos que salen a las calles a jugar y a correr, mientras otros efectivamente pasaron buena

parte de este tiempo en casa, con padres que también adoptaron el hogar como espacio de trabajo.

El problema no es solo pensar en antibacterial, mascarillas y evitar el contacto estrecho. Así como los chicos fueron arrebatados de su dinámica natural, pensar en volver sin más precaución que un espacio limpio y ventilado no es suficiente. El tema no puede zanjarse con tuits en pro y en contra. ¿Cómo nos preparamos para esto?

Si la inquietud por volver a clases genera microdiscusiones en redes sociales, en el mercado o en el autobús, tampoco pierde su tiempo en llamar la atención esa forma en que el bullicio fue retomando espacios sin mediar esquema alguno. Ahora, es más común ver mayores posibilidades para la relajación, más encuentros, más intercambio, más colas... En fin, esa combinación de la vida prepandemia que vimos en los últimos meses con anhelo y peligro, solo frenado por los porcentajes de aforo. Eso que presuntamente llamamos normalidad.

Y esa curva de expectativas e inquietudes no podría dejar de lado el mundo del trabajo: cambió tanto que no sabríamos por dónde empezar. No es solo la apuesta de los emprendedores, miembros de un mundo que parece chévere hasta que empiezan a preguntarse si sus proyectos pueden ser realmente perdurables, sino el cambio en horarios, rutinas y ritmos de trabajo. En más de una oficina ya se comprobó que no hace falta pasar horas para obtener el mismo resultado. Y en otras se reafirmó que la falta de organización jamás comprenderá de momentos ni de límites.

Algún nombre habrá que buscarle a ese carácter desconcertante de los días que corren con el covid-19, donde tanto cortocircuito existencial, tanta filosofía Eudomar Santos, para poder surfear estos días y tanto cambio abrumador han aderezado estos tiempos. Mientras nos seguimos llenando de preguntas, van libres e inmunes nuestras angustias a sus anchas, sin tapabocas.

El círculo de la selectividad

La complejidad de fijar límites entre lo público y lo privado

¡Ser visibles reservándose el derecho de admisión!, así han operado por mucho tiempo las redes sociales. Ideas, quejas, sentimientos y emociones quedaban en nuestras cuentas para la posteridad digital entre los extremos de la exposición y radicales medidas de privacidad, como el famoso candadito de algunas cuentas. Pero, al parecer, ya no es necesario ser extremos sino selectivos, gracias a los artilugios creados para hacernos sentir verdaderos dueños de nuestros contenidos, como el innovador Círculo de Twitter.

La nueva función parte del principio de poder reservar ciertos tuits para compartir e interactuar con un grupo específico de usuarios. Eso supondría librarse de ciertas conversaciones que no resultaban cómodas para los tuiteros involucrados, crear un aura de intimidad con algunos compañeros o simplemente decidir con quién se discuten las ideas. Y aunque parezca razonable, sin duda es una ruptura con una lógica que marcó el desarrollo de las principales plataformas donde nos encontramos hoy.

Se supone que las redes sociales se crearon para romper fronteras, llevar a su máxima expresión la idea de la plaza pública y “darles po-

der” a quienes estaban destinados a ser el último eslabón en la cadena de los medios tradicionales. Eso plantea una relación distinta con la información: ya no somos simples receptores, también generamos contenidos y concebimos el acceso al conocimiento de otra manera. Por algo vivimos hoy en el reino del tutorial.

Pero esa apertura supone enfrentarse a otras condiciones del ejercicio de la comunicación como derecho: tolerar la divergencia, comunicar con respeto, manejar con decoro el disenso y evitar la temeridad y la ligereza ante cualquier tema. Deberían ser la piedra angular de nuestra relación en los entornos digitales, pero aún estamos lejos de lograr el equilibrio entre ética, libertad, sentido común y consideración al otro desde su integridad. ¡Qué camino tan largo nos queda!

La ruta no es sencilla. Comenzó con lo radical y hoy pretende marcar un hito con herramientas basadas en la selección, la discreción y, en algunos casos, la exclusividad. Ahí están experimentos como los “mejores amigos” en Instagram, las comunidades en Twitter, el acceso de contenidos “exclusivos” en medios digitales o la expansión del modelo de publicidad de la televisión en los modelos de *streaming*, del que podemos librarnos si pagamos por no ver esas cuñas. Al final, no somos tan iguales ni tenemos la misma posición en esta jungla digital.

Saber que la ficción de la igualdad se derrumba poco a poco, vapulándose frente a la necesidad de generar ingresos y al deseo de acceder libremente a aquello que deseamos, nos puede desencantar. Pero también nos plantea la complejidad de fijar límites entre lo público y lo privado, lo gratuito y lo crematístico, el derecho colectivo y el derecho individual. Por suerte o no, la única certeza es saber que el tema no se estanca y, sin duda, traerá nuevos desafíos más allá de esta inusual fase del círculo de la selectividad.

Lecciones básicas para aguantar presión

“No coma presión”

Se le atribuyen males físicos, peleas, desazones, divorcios y hasta delitos. La presión, ese agobio que se posa plácido sobre nuestra espalda para quitarnos la paz y hacernos las cosas invivibles, es uno de los males más comunes del ser humano. Por su peculiar condición, es objeto de análisis desde los escenarios más diversos, ya sea un laboratorio, un bar o una plaza, para buscar una forma de librarse de esa tenaza o, por lo menos, no salir tan magullado. Tomadas de la vida (o asfixia) misma, compartimos algunas lecciones para salir de estas tensas situaciones que amenazan con aplastarnos.

Si siente que la presión lo anda cazando, le contamos que no está solo en esto: en el metro, la oficina y el vecindario, muchos están igual que usted. No está de sobra pensar en eso de vez en cuando, para evitar asumir que el karma, la vida o alguna fuerza superior está empeñada en hacerle odiar al mundo. Pero, especialmente, para hacer un esfuerzo

mínimo y aprender a navegar sobre nuestra propia desesperación. Ese que corre al lado suyo para evitar perder el autobús también lleva la exasperación a su máxima capacidad.

Comprendido esto, también considere que existen situaciones límite inevitables. Todos transitaremos esa senda marcada por taquicardias, sudoración delatora, dilatación de las pupilas y otros síntomas que amenazan con hacernos estallar por dentro. Crisis familiares, situaciones sobrevenidas, conflictos y cambios inesperados nos están esperando ahí para ver qué tan saludable es nuestro sistema arterial. De eso sabemos los venezolanos en tiempos de bloqueo y demás menudencias. Otros pueblos, también.

A la par de aquello que no podemos sortear, encontramos situaciones completamente eludibles. Es sencillo pasarles por un lado con sigilo y seguir nuestro camino, pero... nos dirigimos a ellas con la mayor candidez posible, confiados en un halo de buena suerte que nos abandona en el primer pestañeo. ¿Recuerda aquel ofrecimiento aparentemente sencillo que se convirtió en un bacalao incargable en su vida? ¿Ese trabajo que le cambió la paz por una nube negra de intranquilidad? ¿Esa relación devenida en una simbiosis entre manipulación y culpa? ¿Esa meta convertida en un yugo insoportable? Seguro estas circunstancias lo ahogaron con todas sus ganas, especialmente porque fueron situaciones que eligió.

Quizás, no importe si la causa de nuestra angustia fue sobrevenida o elegida. En ambos casos caemos en una de las trampas mejor urdidas por la presión: depositar toda la responsabilidad sobre sus víctimas. Es usted quien debe saber qué hace con su desespero, sea dejarse llevar por él o administrarlo para hacerlo más liviano. No importa lo que ocurra afuera; mientras a usted el corazón se le descompone, el mundo le dirá: “Hey, pero tómala suave”. Si le choca escucharlo, la tenaza de

las circunstancias está haciendo muy bien su trabajo.

¿Qué se hace para salir de semejante atolladero? Fórmulas existen, al mayor y al detal. Desde procurar el orden hasta liberarse de ataduras. Muchos resumen el asunto en la potente y enigmática frase “No coma presión”. Como todo en este asunto, lo más importante no está dicho: cómo hacerlo. Por ahora, ensaye. Si no lo logra, al menos se habrá dado una bocanada de liviandad.

